

¡Yapa! Antología de pesadillas con finales felices

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

¡Yapa! Antología de pesadillas con finales felices. Libro publicado por el sello Capitán Minerva dirigido por Gustavo López, Bahía Blanca, 2008.

Domenech, María Tamara

¡Yapa! Antología de pesadillas con finales felices / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-1086-3

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.

CDD A863

FULL SCREEN al sueño

Anoche tuve un sueño muy raro en el que yo vivía en un hotel extranjero, encargaba comida todo el tiempo y había aumentado muchos kilos. Había perdido toda mi juventud, mi vida no tenía futuro, o ese era el futuro de mi vida, el que ahora no puedo ver de tan oscuro, y en verdad era un futuro muy dark, pero no me importaba. Ya casi nadie me reconocía, y los que sí podían, fingían no recordarme. Yo estaba muy solo en una ciudad ajena y en un país extraño. Consumía toneladas de comida de hotel, solo, en el comedor, en las cenas shows o en mi habitación de paredes alfombradas. Para que me dejaran en paz mentía a los conserjes diciendo que era un "AR" (artista reconocido) que había abandonado mi país para planear una futura Gran Obra, una instalación tan conceptual que explicaría todo lo que soy con sólo 2 o 3 elementos. Mientras, me dedicaba a componer mentalmente prólogos de libros que me habían gustado mucho a lo largo de mi vida. Yo era un prologuista mental muy feliz, no era para nada angustiante el sueño. Mi gordura también me hacía feliz. Me hacía sentir seguro.

El libro que tenía que prologar en mi sueño era uno rarísimo y divertido, un compendio de pesadillas de terror feliz de una chica llamada TD. Yo llevaba una copia vieja muy deteriorada del libro, impresa, fotocopiada y anillada con tapas transparentes; la llevaba a todas partes (es decir: del comedor al lobby y a la habitación, ya que nunca salía del hotel). No sé de dónde había sacado esa copia, porque el libro aún era inédito. Tal vez conociera a la autora en mi juventud y ella me lo había dado para prologar y nunca lo hice, nunca tuve tiempo, porque en esa época desperdiciaba mi vida con drogas fuertes, relaciones tormentosas y una carrera de artista posmoderno frustrada. Ahora que mi vida estaba acabada, que no tenía amigos ni pareja, ni trabajo ni grandes adicciones, tenía tiempo para realizar los encargos que de verdad habían sido importantes. También es posible que el libro no haya existido ni en mi sueño, que haya sido soñado dentro del propio sueño, es posible.

En mi prólogo yo intentaba ser un analista profundo y dar muestra de mi cultura literaria, pero terminaba hablando en un lenguaje sucio y bastante pungui hasta para el medio literario independiente. Por ejemplo, incluía expresiones de cantitos de cancha, como : "TD sos lo más, esta noche te vine a alentar", lo cual me convertía en un prologuista muy malo pero pasional. Yo era un barrabrava de sueños, un hincha que seguía a TD a todas partes; donde soñara le iba a hacer el aguante. Porque TD era un sentimiento. ¡TD era el DREAM TEAM! ¡TD era también DT! Entonces el prólogo por momentos se volvía un pogo violento de la banda de rock de mis sueños. TD era una chica metalera de sueños punks, y yo su fan número uno.

Pero a veces me rescataba e intentaba meter alguna referencia de la literatura onírica universal, comparaciones con libros perturbadores clásicos de terror personal, los más darks porque son los que más me gustan a mí. Obviamente que el libro de TD también era re dark, por eso me gustaba. Por ejemplo en mi prólogo mental yo decía que TD era como un protagonista de Kafka (pensaba en K. de "El Proceso") pero bardero, que no se quedaba callado, ni

se dejaba llevar de la nariz por el ritmo de las situaciones y los personajes de turno; al contrario, al caos TD metía más caos, más miedo, más crueldad y más conflicto. Y ahí es donde el contenido se volvía bien heavy, absolutamente yeah, baby! También decía que TD era más ansiosa y más zarpada que Alice in the Wonderland porque manejaba igual de bien que sus personajes / adversarios / amigos / amantes el arma que ellos también intentaban usar contra ella: la crueldad. Ante situaciones crueles Taty tomaba decisiones crueles: amenazaba, se iba a la mierda, amaba, peleaba, salvaba, besaba, cogía, se burlaba, se reía, conquistaba, escrachaba o pedía perdón. TD en sus sueños era como un animal salvaje imposible de domesticar, porque venía con toda la locura impotente de la realidad catastrófica (que ya es mucho más hardcore que los sueños) y de ese modo enloquecía a sus fantasmas, montaba zoológicos caseros para satisfacer impulsos maternales frustrados o empujaba recuerdos por el hueco de los ascensores. Violencia y autofé. ¡Aguante! Casanova, "AR" y bully de Colegio Nacional Buenos Aires. En la Second Life ya todo es posible. No hay que pedirle permiso a nadie. La vida real nos hace blandos y la vida en sueños nos hace duros.

Finalmente me desperté. Estaba siendo víctima de un interrogatorio por parte de los conserjes del hotel, un interrogatorio sobre mi situación personal, mi lugar de origen, el estado de mis cuentas, etc. Me desperté porque me estaban bardeando demasiado, y yo la verdad no me la banco mucho, yo abandono en la etapa pre-pesadilla, soy tímido y reservado e intento tener un buen trato con los fantasmas de mi pasado.

Seguro que TD se habría ido corriendo del hotel sin pagar. Sí, ella hubiera hecho la suya.

A (antolín)

Natatorio en el centro de alguna ciudad

I-

Anoche en mi sueño estábamos en una pileta techada, el agua era muy cálida.

Había agua termal en el centro de alguna ciudad.

Nadábamos, jugábamos ¿felices?

No hacíamos pie así que teníamos que flotar, probablemente, la felicidad se veía limitada por este precepto: debíamos flotar todo el tiempo y esto nos agotaba.

En el agua termal, salada los cuerpos flotan solos, se suspenden como en el espacio, en cambio, en esta pileta el agua dulce era capaz de ahogarnos.

En un momento determinado toqué, rocé con el pie un cuerpo. El cuerpo estaba duro y en posición fetal.

Cuando le vi la cara me di cuenta que era M, estaba pálida, muerta, con los ojos bien abiertos. Cuando el cadáver me vio a mí, se produjo un remolino que, desde el fondo, intentó con todas sus fuerzas arrastrarme hasta el desagüe.

Creo que nunca había hecho tanta fuerza para salvarme de la muerte, pateé, aleteé, con tanta energía que salí a flote y alguien me ayudó a levantarme por uno de los bordes de la pileta.

Allí estaba D salvándome una vez más.

Le dije que M había muerto y que al cuerpo se lo había devorado la tierra, que había salido vaya a saber adónde por la rejilla del fondo.

D corrió sobre los bordes escurridizos y resbalosos del natatorio para informarle a P que su mujer había fallecido.

Nos estábamos yendo de ese cálido y triste infierno hasta que nos encontramos con P, quien en sus manos tenía a la pequeña L, con los ojos rojos y desgarrados.

Nos miró, me miró en particular y le dije: “no voy a traicionar el pasado, con lo cual no cuentas conmigo para la crianza de la pequeña L. Es duro lo que te digo, pero a M tampoco le hubiese gustado que, muerta, yo cuidara de su hija”.

Sus ojos borrachos de furia y vino entraron en la casa, y nosotros nos perdimos.

II-

Nos íbamos de la pileta techada en el centro de alguna ciudad y nos dicen que LyG, por desgracia, se habían electrocutado en el club. Sin darse cuenta habían pisado un cable de altísima tensión y habían muerto al instante.

Decían que había sido una muerte horrible. De repente, ellos que iban siempre de la mano se habían caído al piso, hacia atrás y se habían desnucado.

Pensé que la vida era una mierda, cómo se podía explicar que la semana pasada estuviésemos todos festejando el casamiento de LyG, los hubiésemos despedido cuando se iban de luna de miel y, ahora que volvían del viaje, les pasara esto.

¿Tendrían que haberse quedado cerca del mar? ¿Tendrían que haberse dado cuenta de que aun enamorados tenían que ver por dónde caminaban? ¿Habrán muerto por tener “cabecitas de enamorados”?

No reaccioné enseguida, me costó llorar, porque tenía que comunicarles a todos lo que había ocurrido.

III-

Estábamos

en una fiesta callejera. Había mesas, luces, perros, mucha gente.

Todos sonreían.

La última en llegar a la fiesta fue mi tía E, que al abrazarme me franeleó un poco las tetas. Le grité delante de todos los comensales: ¡¿puede ser que alguna vez en tu vida me saludes sin toquetearme?! Me pidió disculpas y la mandé a la mierda. A continuación en secreto le dije, ¿sabías que LyG y M, murieron en la pileta techada del centro de alguna ciudad?

Se quedó aterrorizada y me preguntó, ¿lo saben todos? No, todavía no sé cómo tirar esta bomba en una fiesta, le contesté.

Había mucha gente pero faltaba la mamá de L. Dicen que se había ido muy triste, a llorar sin consuelo a su casa. Dicen, también, que entendió cuándo ameritaba llorar y cuándo no. (La mamá de L lloraba siempre por su marido muerto, por el pasado. Llevaba el pasado sobre ella, no en ella y eso era lo que nos irritaba cada tanto). Ahora la vida le había mostrado sin matices que el presente era más cruel que el pasado, que el presente contenía tragedias insospechadas para el pasado porque al pasado se lo conoce al dedillo, mientras que al presente, no.

¿Qué es más trágico entonces, aquello que se conoce o aquello frente a lo cual no tenemos ningún conocimiento?

La mamá de L comprendió en ese instante desgraciado que lo peor que nos puede pasar en la vida no está atrás sino adelante.

Me llevaron a una casa porque estaba muy abrumada en la fiesta callejera, fiesta en la que, por otra parte, no pude decirle nada a nadie.

Entré en una casa alpina, en un chalet leñoso. Mi mirada daba vueltas, no sabía, concretamente, dónde fijarse.

Allí estaban mi querido D y mi hermana L besándose.

Me les tiré encima como una perra celosa, era un rottweiler encarnizado, una pantera salvaje.

D argumentó que L en joda le había dado un “besito” en la boca, como quien le da un beso en la frente a un hijo o un hermano.

¡¡¡Putas!!!, ¡¡¡hija de puta!!! ¿por qué no te lo cogés a tu novio?, andá a seducir a todos los chomas del mundo para que te cojan bien cogida, ¡puta, la reconcha de tu madre!

Y vos D, ¿por qué no te la sacaste de encima?, ¡¿por qué no le bajaste todos los dientes?!

¡Hijo de puta!, ¡¡¡sos una mierda!!!, ¡venir hacerme esto, con todo lo que pasó!

Me distraje un momento para irme, siempre me voy a la mierda cuando pasa algo así y ellos, ahora sí, seducidos por mis puteadas transaban a mansalva. Ella con un polerón rojo, que hacía de mini y corpiño, bien puta y él sobándole los caprichos de pendeja malcriada que nunca superó.

¡Putos!

IV-

Fui en ese ataque de ira a lo de mi mamá y ella me atajó en la puerta de entrada diciéndome: “no te quedes con lo que viste, el D es tuyo, andá a buscarlo, ese es mi consejo de madre”.

Con un nudo en la panza, con un nudo en la espalda y los riñones, retorcida de dolor, fui a buscarlo.

Caminé por la calle 503 en Gonnet y vi que no solamente venía D con mi hermana L sino que mi D llevaba de la mano a mi otra hermana P. En las manos de D entraban las manos de mis dos hermanas, las hermanas más perras del mundo.

Lo miré enfurecida y le dije: “¡andá, váyanse los tres a la mismísima mierda!”

Y seguí caminando por las subidas de la República de los Niños.

Vino hacia mí corriendo A, el ex novio de mi hermana L, y me dijo:

— No te calentés tanto, yo te puedo acompañar, te amo, quizá yo, desde siempre, debí estar con vos y D con L.

— No me chamuyes, a mí vos no me gustás nada, te quiero pero no me gustás.

— ¿No te gustaría tener un hijo K?

— No, le dije a secas, la descendencia K me repugna.

Volvió al ruedo diciendo: — dejame que te acompañe a dar unas vueltas por la Repu. Y acepté.

Bajamos por una de las montañitas asfaltadas que tiene la República de los Niños y vimos una gruta blanca, ojerosa, sucia, nos metimos y lo que había allí era un cementerio de niños.

Yo que había vivido en Gonnet durante 22 años, nunca había visto ese cementerio.

Me dijo A que los niños podían elegir dónde ser enterrados y que, en este caso, los padres habían consentido el deseo de sus hijos. Había monolitos, tumbas borrosas, lápidas y fotos.

La única foto que recuerdo fue la de un chico de unos 5 años de edad, con los ojos muy grandes, pelo castaño, era muy hermoso.

Esta visita inesperada duró un minuto, porque A quiso sacarme enseguida de allí.

Me dijo NO, esto no es para vos. Para mí, que también enterré a un niño pero en el cementerio de la Chacarita.

Si hubiese sabido que existía este cementerio, podría haberlo enterrado con otros niños pero creo que F no me lo pidió.

De todos modos, el aire que se respiraba entre los niños era asfixiante. Será que la muerte asfixia se trate de los muertos que se trate.

Me gustaría pensar que las almas de los niños, en todo caso, se juntan para jugar entre ellas donde quieran, en la Repu, en la pile de alguna ciudad o en la calle.

V-

Nos encontramos todos en una casa muy linda, con un patio y un ropero enorme.

Llovía y yo sacaba, lentamente, las cosas del patio para que no se mojaran del todo.

Entré a la casa y estaba Cerati (¡sí!, el ex Soda Stéreo) con D en una cama lila, charlando, escuchando música.

Ya se me había pasado la bronca con D porque me buscaba y yo lo seducía con toda la ropa que sacaba, una y otra vez, de ese enorme ropero. ¡Me veía tan linda!

Todos se iban a un living entre lejano y cercano y nos quedábamos solos con D.

Empezamos a cachondear, yo me excité mucho, pero intentaba cerrar las persianas de la habitación para que no nos viera nadie.

— Siempre lo mismo, dijo D, siempre perseguida, creyendo que la gente te ve a vos. Le pedí por favor que me dejara cerrar las persianas. Me levanté desnuda para hacerlo y D me colgó en la cabeza una de las sábanas de la cama. Como en el piso había vasos destruidos, la sábana se fue engancho con vidrios rotos y D exclamó — ¡qué linda cola de novia, una cola que va desde la cama hasta la puerta de la habitación!, encima tiene brillitos porque el vidrio triturado con la luz baja ilumina, se prende fuego. Volví a la cama con mi cola de novia, me la saqué del pelo muy despacio e hicimos el amor como nunca antes.

VI-

Al levantarme me quedé pensando en que debía agarrar el teléfono y llamarlos a LyG para saber cómo les había ido en la luna de miel y cómo andaba L en particular con su embarazo.

Me digo que debo hacerlo, me alivia que haya sido todo un sueño pero no tengo ganas y no los llamo.

La galería de arte

Anoche en mi sueño llegué a la casa de él.

Era una casa-galería de arte estilo mediterráneo.

Más que una casa, era un loft-galería estilo mediterráneo.

Muy blanco, con muchos desniveles.

Llegué tímida, cerrada, pero ahí estaba frente a la puerta de su casa.

Me hizo pasar y nos quedamos charlando, sentados en el piso del loftgalería, sobre temas absurdos, el clima, el color blanco de las paredes, el patio, los amigos.

En un momento determinado, él me preguntó: — ¿quién te manda, por qué viniste a esta galería?

Sentía por primera vez que era el otro el que me iba sacando las palabras de la boca.

En general, soy tan ansiosa que digo lo que tengo que decir en la primera frase en mis encuentros con los demás.

— Me dijo C que viniera a verte para saber si puedo exponer acá.

— Pero yo no soy un AR (un artista reconocido), ¿qué esperás vos?

Con una voz muy compacta, le dije: — me gustaría que mis trabajos pudieran ser vistos por otras personas.

II-

La conversación volvió a distenderse y él me pidió que lo acompañara al patio a sacar la ropa.

— Qué lindo patio tenés. ¿Me puedo subir a esta calesita?

— ¡Sí, obvio!

— ¿Tenés perros?

— No. ¿Y vos?

— No, yo tampoco, tengo un tendedero y esta calesita.

- Ah...contame, ¿trajiste un book?
- Sí, te traje estas fotos.
- A ver...
- ¿Vos también trabajás con trapos de limpieza?
- Sí, aunque no estoy convencida de seguir haciéndolo.
- ¿Por qué? Si son hermosos, ¿viste qué lindos colores tienen antes de ser usados?
- Sí, están buenos.
- Pero son limitados.
- Por eso mismo son lindos. Porque no existe una paleta infinita para crearlos.
- Eso es lo que no me convence del todo a mí. El que supone que para limpiar necesitamos trapos de colores amarillos, verdes y blancos, se equivoca.
- Esa limitación me conmueve, es como estar en este patio. Es tan pequeño que pueden pasar cosas maravillosas.
- Yo no puedo pensar en eso, estoy comprometida con D.
- Pero mirá qué lindo lo estamos pasando.
- Vení, entremos, te quiero mostrar algo.

III-

Entramos en su galería y había una instalación de él.

Eran trapos de piso rosas muy largos que, desde la pared, invadían todo el piso. Pero la duda que me distrajo fue cómo podían ser rosas si la pared estaba hongueada. Los trapos deberían haberse teñido de verde o negro.

- ¿Por qué se tiñeron de rosa?
 - Porque la pared del vecino está invadida por raíces y ramas de árboles que tienen flores rojas. Y, como hay humedad, las flores rojas del vecino, tiñen de rosa mis trapos.
 - Qué lindo, qué buena comunicación vecinal.
 - ¿A ver tus fotos...? ¿Te gustaría que tus trapos estuviesen alrededor de los míos o cómo te los imaginás montados?
- Esta pregunta siempre me irrita. Por qué no se lo imagina otro. No puedo imaginar la totalidad de la obra, nunca pude pensar en el montaje. No sé en qué pienso cuando trabajo, ¿pensaré que la obra es como mostrar e intercambiar figuritas?
- Tengo una idea. ¿Te gustaría que llevara tus trapos a México? Se va a hacer una muestra para el Día de los Muertos.
 - Y mi obra ¿qué tiene que ver con los muertos?
 - ¿Qué te importa eso?, podrías viajar a México y punto.
 - Ah... (Soy tan ansiosa que necesito encontrar relaciones entre todo.

Él me dio a entender que no es imprescindible pensar siempre así, es más, me dijo que a veces es, absolutamente, beneficioso no pretender encontrar relaciones donde puede no haberlas).

- Yo te puedo ofrecer eso, una exposición en México.
- Pero ¿no te parece un poco forzado llevar estos trapos para conmemorar el Día de los Muertos?
- No, para nada, quizá, quién te dice, los trapos montados se tiñan de colores insospechados. ¿Qué color tendrá la muerte, los muertos y quienes la festejan?
- Bueno dale, ¡¿cuándo nos vamos?!

El Nacional Buenos Aires

I-

Estábamos con J en el Colegio Nacional Buenos Aires.

Ella insistía en mostrarme todo el edificio.

Eso me aterrorizaba, ¿cómo llegaría a conocer una microciudad, dentro de la ciudad, en una tarde?

Piletas, laboratorios, baños, cocinas, monumentos, cines, teatros, cámaras frigoríficas, lápidas, almacenes, bares notables, hospitales.

— Vayámonos J, por favor.

— No, dale, quedate. Hoy justo no está Sanguinetti, así que, ¡porfi! tenemos libertad de circulación.

— Sanguinetti no está, pero hay radares ambulantes, ¿no ves que por todas partes hay preceptoras-enfermeras que nos siguen?

— No están, creés que las ves pero son fantasmas. Un día, en una clase de química, la profesora hizo un experimento y, sin querer, convirtió a todas las preceptoras en fantasmas y a los maestros en moscas. Por eso, nosotros ya no tenemos miedo y los matamos cuando nos estorban demasiado. Con los chicos inventamos un nuevo deporte, no vamos más a jugar al béisbol a Puerto Madero, nos quedamos acá adentro sacudiendo con los bates a todos los profesores convertidos en insectos. ¡Sufren tanto y es tan lindo! A la única que no matamos todavía es a la profesora de química, que sin querer produjo este drama lírico, digno de una puesta wagneriana. La tenemos en un frasco con tubos de oxígeno para que comparta este hermoso espectáculo con nosotros.

— Igual vayamos. Subamos al ascensor.

— ¡Qué cagona sos! ¡No lo puedo creer!

— No soy cagona, este lugar me aterra, siento que hace horas estamos en esta especie de museo de la memoria y ver tantas lápidas y recordatorios me hacen acordar a la iglesia de Luján.

— No son tantas.

— Pero el bronce y el metal me descomponen, dale, ¡yo me voy ya!

Subimos al ascensor pero tenía una dificultad. Estaba programado para parar en el segundo y en el quinto piso.

Como nosotras íbamos a planta baja teníamos que bajar en uno u otro y, de allí, bajar por las escaleras hasta la puerta de salida.

Cada vez que queríamos hacerlo, subían tantas moscas y tantos fantasmas que nos impedían salir.

El ascensor paró en el quinto piso, por enésima vez, y le grité a J desesperada: — ¡dale, empujalos y salí!

— Es que no puedo, me respondió ella.

— Entonces, explicame por favor, para qué sirvieron esos experimentos si ellos tienen más fuerza que nosotras.

— Te juro que no sé.

Ahora cuando el ascensor pare en el segundo, arremetemos las dos y listo.

Volvimos a intentarlo y fue inútil.

Los radares corporales y los insectos, casi muertos, llenaban el ascensor ni bien se abría la puerta.

II-

Se nos ocurrió apretar el botón del último piso.

Y por fortuna el ascensor nos trasladó a la Avenida Santa Fe y Agüero.

Era muy tarde, se había hecho de noche.

Al aire libre, J me miró con culpa, y me dijo: — pero yo tendría que volver al colegio, no me puedo ratear.

— Vayamos a casa a cenar, ¿para qué querés volver al colegio?

— Tengo clase de matemáticas y mañana hay examen, no puedo faltar.

— Bueno -consentí- vayamos a la estación de subte de Agüero y nos bajamos en Catedral.

Descendimos las escaleras de la estación y lo que vimos era el infierno mismo.

La estación de subte no estaba asfaltada ni había luz eléctrica. Había muchas personas desnudas y borrachas esperando el próximo tren.

J se me vino al humo para que la abrazara, yo también necesitaba abrazarla porque tenía muchísimo miedo.

Nos quedamos así, paralizadas como las moscas después del primer golpe de bate. En silencio.

Por suerte el subte llegó bastante rápido, no tengo idea todavía cómo funcionaba sin electricidad.

Estaba atestado de gente. Tomamos enviñón desde el andén de barro y nos metimos con fuerza a los empujones en él.

Ya adentro, nos miramos y pensamos, ¿será que la ciudad toda se volvió un museo de la memoria, un lugar sin asfaltar, la encarnación misma de la pampa a principios del siglo XIX?

— Es probable me dijo J, la profesora de química ya nos había anticipado que ella podía hacer eso, que ella tenía ese poder, desconozco la poción, pero se ve que lo logró.

— Y ahora, ¿qué hacemos?

Y J, sonriente de felicidad, me respondió: — ¡y bueno, podés venir al colegio y seguimos matando moscas, como los insectos y los fantasmas no tienen lápidas, quién te dice que, con este nuevo deporte, logremos despejar la cancha y respirar otro aire en ese encierro!

Recuento con B

I-

— Señor, voy a esta dirección.

— Ok, ¿por dónde vamos?

— No tengo idea, nunca fui a ese lugar.

— ¿Ah, no?

— No.

El paisaje era muy lindo, parecía Valparaíso.

Pero estábamos por el conurbano, era lindo y yo estaba triste.
Lindo como Valparaíso y triste como el conurbano bonaerense.
O triste como el recuerdo de Valparaíso a la distancia y lindo como el conurbano bonaerense en presente.

¡Qué lindo es el presente!

¡No añoro nada del pasado!

¡Qué lindo es el presente, el tiempo de la posibilidad, de la furia más razonada, de la compensación!

Nunca es tarde.

— Llegamos, aquí es.

— Gracias, hasta luego.

— ¿Podría pasarme a buscar en un par de horas?

— ¿Cuántas?

— 5.

¡A eso había venido!

A compensar un desamor, un mal, una crueldad pretérita, insoportable.

II-

— Hola, qué tal, no sé si se acuerda de mí.

— No.

— ¿Está B?

— Sí, ¿quién sos?

— Una ex compañera del colegio, TD.

— Ah...mirá, y ¿qué andás haciendo por acá?

— Vine a ver a B, soñé con ella hace unos días y necesitaba hablar.

— ¡Mirá qué loco! Pensar que antes no querían verla ni en figuritas porque era villera, sucia, trola, grasa y ahora querés verla...

— Sí.

— ¿Y tus amiguitos?

— No los vi más.

— Me acuerdo, tus amiguitos John Cook, Osh Kosh, progresistas, con padres a favor del aborto y la despenalización de la marihuana. Todos con casas grandes de dos pisos y mucamas.

— B!!, tenés visita.

— ¿Quién es?

— TD.

— Ah...hola, ¿qué hacés, cómo estás Taty?

— Bien, ¿y vos?

— ¿Qué estás haciendo por acá?

— Quería verte. Vine a pedirte disculpas.

— ¿Eh?, ¿y cómo me ubicaste?

— Pasé por la que era tu casa en 505 y me dijeron que se habían mudado para poner la pizzería.

— Sí, a mi viejo lo indemnizaron en el 94 y con esa guita pusimos el negocio.

— ¡Qué bueno! ¿Te gusta trabajar acá?

— Sí, yo me encargo de los repulgues de las empanadas, mi viejo del horno, mi hermano de las compras y mi vieja de la contabilidad. Viste que mi viejo nunca se llevó bien con los números y, menos con la guita, si pudiese se la reventaría toda en vino. Pero, como mi vieja lo tiene cagando, no le queda otra.

— Y vos ¿en qué andás?

— Yo tuve 3 hijos.

— ¿En serio?

— Sí, esperá que los llamo.

— ¿Viste qué lindos son? Son lindos pero hincha pelotas.

— Éste se parece a vos.

— Sí, es el único, los otros dos se parecen a G, mi ex marido.

— ¿Se separaron?

— Sí. Nunca vivimos juntos. ¡Estos pibes son hijos de noches de hotel, piratas, corruptas!

— ¿Vos tenés pibes Taty?

— No, por ahora no.

Se hizo un silencio.

— ¿Querés una empanada?

— Dale.

— ¿De qué la querés?

— ¿Cuál me recomendás?

— Las de humita y las de carne son las máximas.

— Bueno, quiero una de cada una.

— Ché, má, ¿nos calentarías unas empanadas para comer?

— A esa mina no habría que darle nada, preguntale a qué vino.

— No te metas, ¿las calentás o no?

— Te las caliento, pero preguntale a esa turra a qué carajo vino.

— Ché, Taty, a qué viniste.

— A pedirte disculpas.

— ¿Por qué?

— Por lo que te hice cuando éramos compañeras de la escuela.

— No entiendo.

— Siento, que me comporté como una puta, como una rata porque te discriminé todos los años, sistemáticamente, desde que empezamos primer grado hasta séptimo.

— Pero yo nunca sentí eso.

— Quizá no, porque me lo callaba pero muchas veces nos reíamos de vos y de tu familia. ¿Te acordás de ese malón que hiciste una vez en tu casa, que habían colgado una guirnalda con luces de colores, había mucha comida y música que salía de una radio?

— Sí. Me acuerdo.

— Ese día con los chicos, nos burlamos de vos, de la música pectorra que pasaban en la radio, de la comida sin gusto que tu mamá y tus tías ponían, pacientemente, sobre la mesa, de tu viejo que estaba mamado, de tu vestimenta re grasa y de la guirnalda más grasa aún porque nos parecía una reminiscencia de una quermese vieja y sin gracia.

— Ah....yo no me di cuenta. O no me quise dar cuenta o no me pude dar cuenta, porque los admiraba.

— Bueno, vine a desmitificar los hechos.

— ¿Por qué?

— Porque me siento una mierda B, no teníamos derecho a burlarnos de ustedes. Ahora, pienso que esas luces eran hermosas, la música zafaba y que vos siempre fuiste linda. Menos los lentos, podría reivindicar todo.

— ¿Qué pasaba con los lentos?

— Algo que se me hacía y se me hace intragable es que los tíos y tías bailen lento con sus sobrinos o hijos.

— Y ¿Linda yo?

— Sí, sos muy linda, morruda, tenés pelo macizo, brillante y, encima, todavía tenés las tetas turgentes después de 3 pibes.

— ¡Qué lindo lo que decís! ¿Te acordás que te llamaba “la chica John Cook”?

— Sí, qué mal recuerdo.

— ¿Por qué?, si tenías ropa re linda.

— No, tenía poca ropa de marca pero coleccionaba todas las publicidades que salían en las revistas Gente y Hola.

— Sí, siempre dibujabas las mismas letras firuleteadas del nombre JK.

— Dibujaba la marca porque mi vieja tampoco tenía guita para comprarme esa ropa y mi viejo no quería porque siempre estuvo en contra de la sociedad de consumo.

— Qué pelotudo tu viejo ¿no? Él tenía guita, si era juez.

— Sí, todavía sueño con unas zapatillas que nunca me quiso comprar pero me dieron otras cosas, entre ellas, por más que parezca re cursi, saber valorar los pequeños detalles, los gestos sencillos y profundos de la gente.

— Qué chamuyo Taty, está re bueno ser lindo y tener toda la ropa de marca. Decímelo a mí, que nunca me puedo comprar nada y cuando lo hago tengo que comprar por el barrio ropa remanida y trucha del Once que se te deshace ni bien te la ponés.

— Pero eso B, no es lo más importante en la vida. Hay otras cosas. Están las personas, los afectos, los hijos, los amigos, la profesión, la música, las películas.

— Sí, la tele, las cirugías, los Mercedes Benz, la ropa de Zara, de Chocolate, de Vitamina, las revistas Elle, los yaculis, la ropita Mimo and Co.

— Es cierto, también, está eso. ¿Pero la felicidad pasa por ahí, vos crees?

— ¡Ni hablar!

— ¿Pero vos serías feliz si tuvieras todo eso?

— Quizá sí. No sé.

— Yo no.

— Mmmmm, creo que yo tampoco. Aunque no son cosas excluyentes.

— No, no son cosas excluyentes...

Silencio.

— ¿Te gustan las empanadas?

— Sí, están buenísimas, ¿son fritas, no?

— ¡Sí!, son las máximas.

— B ¿me perdonás?

— No tengo nada que perdonarte, yo te admiraba.

— Pero ¿nunca me odiaste un poco?

— Sí, cuando se juntaban con los chicos y no dejaban entrar a nadie. Cerraban la puerta del bondi, del bondi de la amistad como si estuviese lleno.

— Bueno perdoname por eso, entonces.

— Está bien, te perdono. Pero ¿por qué no nos dejaban entrar ni a mí, ni a AT, ni a CS?
— Intenté explicártelo.

Silencio.

— Eran grasas, villeras, tenían olor, se vestían mal, sus casas eran taperas, sus padres estaban borrachos, vivían con ancianos, no tenían pasa casetes.

— Ah, pero yo no me daba cuenta de eso, sí me daba cuenta de la diferencia de la ropa, nada más.

— Bueno, lo que intento decirte, es que me siento una mierda por haberte hecho a un lado por eso. Porque no supe o no quise rescatar lo esencial de ustedes, que eran buenas minas, alegres, come hombres.

¡Ahora te admiro B!

— Mirá, ahora vos me admirás a mí.

— Sí, por eso viene. A pedirte disculpas por el pasado y para decirte que ahora sos un referente para mí.

— Un referente ¿de qué?

— De la alegría, de la turgencia, de la arrogancia maternal, de tu pelo y, ahora mismo, en este mismo instante, de tus empanadas.

— Las disculpas son aceptadas. Taty, ¿me acompañas adentro que tengo que sacar ropa del lavadero y tenderla?

— Dale, ¿puedo ser tu amiga?

— ¡Dale, seamos amigas admiradas, pasadas y presentes!

— ¿Viste esto?

— ¿Qué es?

— ¡Boluda, es la única remera JK, que me pude comprar en mi vida y mirá, el lavarropas, hijo de puta, me la encogió toda!

— ¿Querés que te compre otra en Baires?

— ¡¡¡Dale, me encantaría!!!

La edad media

I-

Soñé con MLJ.

Tenía la misma cara de cuando íbamos al jardín de infantes “Constancio V. Vigil” en Gonnet.

Tenía 30 años pero el crecimiento en ella había resultado algo milagroso.

Se le había estirado el cuerpo, como un spaguetti naciente pero conservaba la misma cara que tenía en su infancia.

Milagro o tragedia ¡para mí era un milagro!

Su cuerpo era tan delgado que parecía quebrarse pero, su cara de tortuguita triste, lo sostenía sin miedo. Su cabeza amiga, la implacable, la que nunca dejaba que su cuerpo se desmoronase.

¡Qué linda te veo ahora MLJ!

¡Qué cara tan expresiva!

II-

Pensar que te odiábamos por la cara que tenías, por tu cuerpo torcido, por el jogging verde Adidas que nunca, nunca te sacabas.

Pensar que te dejábamos tirada en un rincón, en el de las muñecas, donde siempre te perdías porque no tenías muñecas y nadie quería jugar con vos. Y vos llorabas.

Llorabas mucho hasta que tu mamá iba a buscarte.

Ella, considerábamos, era más linda que vos.

Nos preguntábamos siempre si serías hija de ella o si en verdad eras alguna sobrina huérfana que jugaba a ser la hija de una mamá preciosa.

Ella era la única que de la mano te sacaba de esa Edad Media que duraba 3 horas por día.

Vos llorabas porque ni siquiera te teníamos en cuenta para ponerte en la hoguera.

Como una tortuguita te desvestías e ibas al patio para probar, quizá, si el frío podía helar tu dolor o congelar tus lágrimas.

Pero ibas y volvías peor. Porque el frío te había hecho resfriar y eso te provocaba una incontinenencia de mocos que nosotros admirábamos de manera escandalosa.

¿Por qué las maestras no te darían un pañuelo?

¿Sería que esos chorros, al ser tan comunes en los niños, no valía la pena sacar?

Estabas siempre sentadita en un rincón, en una sillita en la que, ahora, no entrarían tus piernas y, sin darte cuenta o sí, nunca lo sabremos, te hacías pis.

Mirábamos esos chorritos con asombro, éramos tan putos que sospechábamos que eras como un animal, pero ni siquiera te adoptábamos como mascota.

De esos días recuerdo el sobrenombre que alguno de nosotros había inventado.

MLJ "la pillona".

III-

Anoche soñé con vos.

Te iba a ver, no sé dónde estabas.

Me desperté de golpe y me quedé pensando en si estarías viva o no.

Tuve un sentimiento horrible, no sé, tu cuerpo tan delgado, tantas torturas psicológicas, ¿habrías sobrevivido?

Pienso, "ojalá esté viva, y ¡feliz!, que la vida haya empezado después de la experiencia en el Constanancio V. Vigil".

Seguí durmiendo.

Volviste a mí.

O yo te fui a buscar desesperadamente.

Nos encontramos, nos miramos reconociéndonos perfectamente. Como si ayer nos hubiésemos visto en el campo de concentración.

Estabas triste y yo también.

Nos miramos nada más.

Vos sonreíste, como cuando te iba a buscar tu mamá y te sacaba del infierno.

Yo quería morirme de la vergüenza y que el frío me dejara ahí, congelada, en la intemperie por el dolor realizado.

Vos sonreíste con tu cara de tortuga triste y tu cuerpo de 30 años.

Vos sonreíste y yo me hice pis encima.

La pantera rosa

I- 1998

Era de noche.

Estábamos con V en una pieza muy pequeña.

¡Habíamos querido tanto llegar allí!

Nos había costado tanto llegar a esa piecita azul.

Porque nuestro matrimonio era una reunión social, un protocolo deliberado, un fantástico catering para saciar el hambre de todos.

Nuestro matrimonio se iluminaba con dicroicas, se encendía con los brindis de traspornoche, se ponía cachondo entre los gritos de borrachos.

V se sentía seguro de esa manera, macho en el medio de la gente.

Pero, cuando la fiesta terminaba y nos quedábamos solos, V se descompensaba, se fragilizaba, le chirriaban los dientes de frío, se secaba todo como una hoja aplastada por los autos.

Yo, que era una hembra con los pantalones bien puestos, me lo llevaba a la habitación y lo abrazaba como una madre que tiene entre sus brazos a un chico agónico.

Me encantaba que se quedara conmigo aun agonizante pero me encolerizaba luego, porque él así, entre mis brazos de madre-macho, se dormía.

En ese instante comenzaba la pelea y él se iba a su casa a soñar con las voces que lo habían remilgado.

II- 1999

Soñé que estábamos con V en una piecita azul.

Nos había costado tanto llegar allí.

La pieza era una especie de calabozo, cucha de perro, carpa iglú para una persona.

No importaba, yo estaba sola con V en ese encierro.

Él había vuelto al día siguiente de la resaca.

Como siempre yo lo esperaba desnuda en la cama de una plaza, tapada hasta los ojos.

Sabía que si le mostraba el cuerpo desnudo, V se inhibía pero si, en cambio, me lo tapaba, se excitaba.

El cuerpo de mujer lo anulaba, el cuerpo de mujer velado lo excitaba como a un niño-macho.

En fin, la negociación estaba hecha.

Era una "negociación torera" ¡Entre el jinete V y el toro T un trapo rojo, la sábana!

Desde la cama lo miraba, profundamente, le tiraba rayos para que se diera cuenta de que ya era hora de venir a verme.

V se sacó los anillos, la ropa, se sacó su billetera del pantalón y la acomodó en un rincón del piso.

Y fue a buscarme.

Pero cuando había empezado a meterse en la cama de una plaza conmigo adentro...

¡¡¡se convirtió en la Pantera Rosa!!!

III- 2000

- ¿Qué estás haciendo? ¿Qué te está pasando?
- ¡No sé, qué se yo!
- ¡Pero no te ves más flaco que nunca, rosa y con una cola que te está creciendo sin parar?!
- ¡Pero boluda, ¿qué pasó, qué me diste?! ¡Me envenenaste!
- ¡No, no hice nada! ¡Me das impresión!
- Igual intenté abrazarlo, después de todo era la Pantera Rosa pero, cuando lo agarraba se escurría, se caía al piso, era una Pantera Rosa paralítica.
- ¡¿Qué me hiciste?!
- Te juro que nada pero de travestirte, si es que tenés el don, ¡podrías haberte convertido en el Hombre Araña!
- ¡No seas hija de puta! ¡Quiero ser yo, V! y ahora ¿cómo hago para volver a ser el de antes?
- No sé, pero, como no me dejás ayudarte, me voy.
- ¿A dónde?
- No sé.
- ¡Pero llevame a un hospital!
- ¿Cómo querés que te lleve si te escurrís? No te puedo agarrar.
- ¡Hacé algo, por favor!
- Te juro que no puedo porque me parece que el que no quiere estar solo conmigo, desnuda tapada en esta cama, sos vos, por eso te inventaste todo esto. ¡Chau!
- Andate a la puta que te parió.
- Ok.

III- 2007

Los súper héroes salidos de las pantallas siempre me dieron miedo. Los hombres disfrazados de Superman, el Hombre Araña, Winnie Pooh, la Pantera Rosa, me aterrorizaron desde las primeras vacaciones que recuerdo en Mar del Plata. Nadie me quitará, sin embargo, la experiencia de haber estado cara a cara con la Pantera Rosa de carne y hueso porque para V no fue un disfraz sino una transformación. Ahora, ¿por qué V habrá elegido ese personaje, andrógino y rosa? ¿Para qué?, ¡si la madre era yo!

El huevo de pascua

I- Marzo de 1989

Mamá se había enamorado.
Mamá tenía un novio.
Mamá tenía un novio muy lindo que se llamaba O.
Mamá no perdía oportunidad de pasar sus días con su nuevo novio O.
Mamá lo invitaba a cenar.
Mamá le cocinaba contenta.

O la miraba, todo el tiempo, sin parar.
O le decía cosas que no entendía, del tipo: — ¿después leemos lo que traje?, o — ¿después escuchamos lo que te dije?
O era un amante de la música y la literatura.
O era un escritor de tango.
O amaba la comida que mamá le hacía contenta.
MyO estaban tan enamorados...
Que un día soñé que tenían un hijo.

II- Diciembre de 1989

MyO habían tenido un hijo HUEVO DE PASCUA que, desde su nacimiento, hablaba.
El hijo huevo de pascua estaba en la mesa verde de la cocina
Y nos miraba.
— ¡¿Qué mirás huevo de pascua?!
— ¡A vos, que sos mi hermana!
— No puedo creer tener un hermano huevo de pascua, ¿qué habrán hecho para tenerte a vos? ¡Sos muy feo!
— Sí, puede ser, ¡pero papá y mamá me quieren tanto como a vos o más! porque soy distinto, extravagante, rico de besar y, encima, hablo, puedo comunicarme y entenderlos perfectamente!, soy un superdotado. ¡En cambio ustedes como los demás hijos no pueden ser entendidos porque tardan años en aprender el lenguaje! Pobres MyO, ¡qué trabajo les deben haber dado!
— ¿Por qué te metés? Hablar, hablás, pero decís boludeces, ¿sabías?
— Lo dudo, ¡papá y mamá están orgullosos de mí! ¡Que yo sea el fruto de su amor!
— ¿Sabías que yo podría matarte rapidísimo sin dejar pistas?, podría aplastarte contra el piso, derretirte con las manos, comerte aunque me diesen arcadas.
— Podrías pero no lo vas a hacer porque soy tu hermano y tengo la sangre de tu madre.
— No tenés sangre, ¡los huevos de pascua no sangran!
— Mi sangre es blanca, ¡estúpida! ¡Mi sangre es de azúcar!
— ¡Ojalá te mueras de diabetes!
— ¡No me voy a morir nunca! ¡Los humanos como vos se mueren, en cambio los hijos-golosinas como yo somos eternos, tenemos conquistado el paraíso!
— ¡Nunca vi una boca y unos ojos tan cremosos! Ver tanta crema hablándome junta me descompone.
— ¡Acostumbrate! ¡Desde ahora mi lugar es esta mesa porque a esta altura puedo mirarlos y comunicarme con todos!
— Cuando llegue del colegio vamos a ver si seguís ahí por mucho tiempo.
¡No te quedes muy tranquilo, porque no vas a durar mucho en ese cuerpo!
— T, ya que vas al colegio, ¡¿podrías llevarlo a tu hermano?!

Tecnología de punta

I-

El jueves tuve un sueño.

Y el viernes me levanté llorando.

El jueves 26 de abril de 2007.

Soñé y me levanté llena de lágrimas.

La boca, adentro.

El estómago que la noche anterior se había llenado de espaguetis con salsa, amanecía el viernes lleno de lágrimas.

Me levanté llorando desde el estómago, desde la boca del estómago.

¿Por qué tendremos dos bocas?

¿Por qué habrá que saciarlas?

¿Y por qué se llenarán de lo que, finalmente, les apetece a ellas?

El jueves de la semana pasada.

No me olvidaré más.

Como dice D, el otoño es la estación de las epifanías.

Abril es un mes que se regala como una prostituta muerta de hambre a las sensaciones que, caprichosas, se despiertan con el aire.

Y como dice D, uno no controla el aire que respira, ni la lluvia, ni los olores, así las sensaciones se apoderan y uno termina siendo presa de alguien muerto de hambre, carnada fácil de dos bocas que comieron lo que quisieron.

Comida de mí misma.

Epifanías y espaguetis con salsa.

II-

Se estaba haciendo de noche.

Y yo ingresaba al consultorio de M.D.

M.D, que en la vida real es museóloga, entre otras cosas, en mi sueño era una especie de ginecóloga, obstetra, bióloga marina.

Me llamó por mi nombre, me tocaba a mí, me había llegado el turno.

Me hizo pasar a su consultorio y me dijo: —Tengo una buena noticia. Se acaba de inventar un dispositivo muy simple pero sofisticado para tu problema.

— ¿Cuál?, respondí yo.

— Vení, pasá. ¿Querés que todas estas personas entren con vos o preferís entrar sola?

Miré hacia atrás y me despedí de todos mis familiares queridos pero recalqué, — quiero que entre solamente D.

— Bueno, me respondió ella, pasen que no hay tiempo que perder.

Y allí estábamos otra vez con D en una sala de ensayos, en un laboratorio musical, en un quirófano de música tecno, en una disco de análisis clínicos.

— Bien, dijo ella, tomen asiento y escúchenme con tranquilidad. Sé que esto les cuesta mucho, pero creo que con la tecnología de punta podremos darle batalla al problema.

M.D, que en la vida real es museóloga, aparecía en mi sueño como una médica prestigiosa, alguna relación tienen estas profesiones después de todo ¿no?

Un médico es como un museólogo del cuerpo humano. Investiga, conserva y restaura piezas anatómicas.

— Bueno, dijo ella -mientras traía un frasco entre sus manos, cuidadosamente, como quien lleva por primera vez un vestigio recién tamizado- ¿lo ven?, aquí les traje la solución.

Estábamos frente al último dispositivo que la tecnología había creado.

La tecnología había pensado en nosotros y eso nos enorgullecía.

M.D dijo — ya les pasaré a contar de qué se trata.

Con D veíamos el frasco pero no entendíamos nada.

— Esto que observan son dos bolitas de algodón envueltas en gasa unidas por dos fósforos.

— ¿Y? respondimos.

— Este dispositivo se implanta en el cuello del útero y sirve para que los espermatozoides sepan adónde tienen que ir. Los fósforos ofician de rampa para que ellos caigan directamente donde tienen que caer, es decir, en el óvulo. Con esta pieza los ayudamos a que no se extravíen. Les dije, es un dispositivo muy sencillo y muy sofisticado, al mismo tiempo, lo último en fertilización asistida. No es totalmente efectivo -se anticipó M.D- pero creo que esto los ayudará y mucho. A veces, los espermatozoides se desorientan porque ingresan en un territorio, en una ciudad desconocida, piensan que siempre entran, por primera vez, al cuerpo del otro.

La tecnología inventaba una señalética para el cuerpo ciudad, ¡era genial! ¡Estaba fascinada!, habían inventado una guía Filcar para transitar por el cuerpo, ¡la guía del Automóvil Club Argentino en un dispositivo tan pequeño!, ¡tantas páginas sintetizadas en un puente de fósforos!

— Está bien -consentimos- queremos probar.

— Ok -contestó la ginecóloga, obstetra, la museóloga, bióloga marina M.D, acostate en la camilla que te lo coloco.

Y, ahí, me eché otra vez, abrí las piernas lo más que pude para que me colocaran la rampa.

— Dentro de un mes me vuelven a ver, así vamos monitoreando qué tal anduvo eso - finalizó M.D-.

Tenía las dos bolitas de algodón unidas por fósforos usados en mi útero, hice tanta fuerza para que no se moviera el dispositivo de lugar, que empecé a caminar sin flexionar las piernas.

Desde ese día, fui la alumna-paciente más disciplinada del mundo, hasta pensé en ponerme unas patas de palo, para que nada se moviera de lugar.

III-

Después del hospital, llegué a una quermese que se hacía en un colegio.

La fiesta la organizaba ME que, desde que era adulta, moría por organizar eventos infantiles.

Todo era estúpido pero ella se sentía contenta, orgullosa de su poder de convocatoria. ¡Porque convengamos en algo...No faltó nadie!

Habían ido todos nuestros amigos del secundario y de la universidad, era una verdadera fiesta popular.

Y allí estuvimos jugando carreras de embolsados, pinchando piñatas, buscando caramelos en platos de harina, buscando tesoros a costa de revolver y vomitar por todo el colegio.

Jugar a esas estupideces no dejaba de deslumbrarme y eso que tenía ya en mi imaginación las patas de palo, creo.

Jugar siendo grandes en un colegio magistral, en un colegio modelo, que ocupaba toda la manzana era muy divertido.

Ahora que lo pienso, me entretuve más observando la fanfarria que se producía en un colegio de categoría que de los juegos mismos.

Siempre pensé que los colegios deberían haberse creado para la organización de fiestas de fin de año, único momento en el que se disfruta del espacio en toda su extensión porque el resto son cárceles.

Como sabemos los colegios más chic y los más pobres coinciden en eso, una vez por año nos quieren hacer creer que la escuela es lo más, porque bailamos, jugamos y vomitamos.

¡Mentiras!

Que dios contemple la posibilidad de cerrarlos para lo que fueron diseñados y tengamos, de ahora en más, ¡días de fiesta!

Que algún jefe de gobierno cree alguna ley que haga que se cierren los colegios y que, en su lugar, se abran pistas, boliches bailables, discos con dicroicas, barras de cócteles tumberos.

IV-

¡Qué producción!

¡Cuánta guita!

¡Qué buen guión!

Y pensar que este tipo empezó desde abajo, yendo a la clínica de obra de FB.

¿Pero quién bancará todo esto?

¿Tinelli, Adrián Suar, CTI, la Fortabat?

¡No sé, pero si están produciendo espectáculos visuales así, que le den para adelante!

¡Qué esplendor!

Y sí estábamos viendo el trabajo de NN, ese día hacíamos la clínica de obra in situ, estábamos en la cocina del gran acontecimiento gay del año.

NN había diseñado el vestuario para sus protagonistas.

Era un vestuario no figurativo y abstracto, un diseño que se encontraba en el medio entre un estilo y otro.

A cada bailarín un vestido, a cada hombre un enterito desdibujado de muchos colores.

En la primera toma NN los filmaba quietos para que se observara bien el vestuario.

Eran trajes que parecían árboles, robles locos rosados, sauces llorones violetas, palos borrachos, tubos turquesas, ramas y hojas descerebradas amarillas.

En la segunda toma los protagonistas se iban moviendo muy despacio, estirándose unos contra otros.

En la tercera toma los cuerpos se iban uniendo unos con otros hasta conformar una bola gigantesca que ocupaba todo el espacio, los chicos no se lastimaban porque NN

había diseñado los trajes con goma espuma y esto hacía que se fueran pegando, unos con otros, sin dolor.

La función terminaba así, veíamos la bola y a un solo hombre semi desnudo.

Tenía cubierto el torso, las piernas y dejaba al descubierto su pito.

NN, no fue ningún tonto, porque el pito del bailarín era largo, grueso, ¡precioso!

Le preguntamos si había hecho un casting de pitos y nos confesó que no, que el pito resplandeciente de ese bailarín era el de su pareja, “por suerte” dijo, se había ahorrado trabajo.

El novio de NN estaba chocho porque tenía un papel protagónico sin habérselo propuesto.

¡Qué hermosa bola de colores junto al mar!

¡Qué hermoso sexo tenía el novio de NN!

¡Qué hermoso carnaval habían auspiciado por primera vez las grandes corporaciones!

¡Qué hermosa vida!, porque también tenía dos bolas de algodón adentro mío, que por suerte no rodaban pero, de rodar, seguro lo harían de una manera psicodélica como la que había inventado NN.

Faltaba que entrara el hámster en acción.

De todos modos la función había terminado.

V-

Volvíamos a casa en el Renault 9 rojo.

Mamá manejaba, L iba adelante y yo, con mi campera verde, atrás.

Llovía.

— T, llegamos.

— Chau hija.

— Chau má.

Llovía y con la lluvia los vidrios se empañaban.

Me acerqué al auto para darle un beso al vidrio de la ventanilla por la que miraba mi hermana.

Ella salió del auto, la abracé fuerte y me puse a llorar.

Ella me miró fijo y me dijo: — nos vemos.

Ese llanto empezó ese día de lluvia cuando íbamos las tres en el Renault 9 rojo y mamá estaba por dejarme en casa.

Ese llanto empezó ese día de lluvia adentro mío y no cesó hasta muy entrada la mañana del viernes.

Eso fue todo.

Un empacho de espaguetis y epifanías.

Expresionismo post mortem

I-

— ¡No sabés, anoche soñé con vos! Estrenabas una coreografía en el Colón para la mismísima Susana Giménez.

— ¡¿En serio?!

— ¡Sí, en serio! Las marquesinas de la ciudad se habían llenado de gigantografías con tu cara y la de ella. Pero, lamento decírtelo, ella aparecía en un primer plano, rubia,

rozagante, brillante y vos aparecías atrás de ella, en un segundo plano, recostado sobre su hombro derecho.

— Pero no te olvides que el segundo plano, por primera vez en la historia, lo tenía su propio coreógrafo, a diferencia del séquito de susanos que la acompañaron desde siempre.

— Sí, tenés razón, ¡yo estaba anonadada! Era la primera vez que se unían en una gala el exponente más importante del expresionismo alemán de la Argentina con la estrella de tele más codiciada. ¡Era la revancha del expresionismo!

— ¿Habrás soñado eso porque te presté el libro de ella la otra noche?

— No sé, quizá, ¡estabas tan contento! Porque, además, era un espectáculo que se estrenaba en el Colón, no en el centro de experimentación.

¡Subías al escenario con ella y todo! ¡La gente les tiraba flores!

— ¿Y recordás la coreografía?

— Preguntás lo más importante y me hacés recordar lo más siniestro del sueño.

— ¿Por?

— ¿Será posible que, en cuanto empezamos a compartir algo importante con alguien, desentrañemos lo más horrible? No debería haberte llamado para contarte el sueño.

— No seas así, dale, decime ¿qué pasaba?

— El tema es que habías querido que subieran al escenario bailarines expresionistas, se ve que habías hecho un casting con esa condición. Ahora que lo pienso mejor, con semejante elenco Susana quedaba en un segundo plano, se movía en el fondo. ¿Mirá si, inconscientemente, te vengabas de ella en las tablas porque no habías estado en primer plano en el afiche?

— No creo.

— Bueno, el punto es que me quedaba toda la función tildada con una bailarina en particular, alguien me dijo que se llamaba Rebeca. ¿Conocés a alguna con ese nombre?

— No, seguramente tuve varias alumnas con ese nombre pero no recuerdo una en particular ¿No será alguien que conocés vos?

— Mmmmmm, sí.

— ¿Y qué pasaba?

— Ella prácticamente no se movía, le habías dado un papel especial en el cual ella hablaba y eran las palabras las que la movían. Nunca había visto algo igual. Por lo general los coreógrafos, hasta los más expresionistas, terminan forzando la relación entre el movimiento y las palabras. Pero esa chica no forzaba nada, era la encarnación misma de la palabra y la acción.

Era la conjunción perfecta entre las palabras como hijas pródigas del movimiento y el movimiento como hijo cómplice de las palabras. ¡Esa chica se comía la obra, G!, se la devoraba, ¡era la madre divina!

— ¿Y entonces?

— Pasó lo peor. Salimos del teatro y lo primero que te pregunté fue quién era la bailarina que hablaba.

II-

— Justo me preguntás por ella, habiendo danzado tantos bailarines destacados, habiendo debutado Susana Giménez con una coreografía mía.

- Pero la chica esa medio bajita, de pelo castaño, un poco maciza, ¿quién era?
- Esa chica, la que más te impresionó... estaba muerta, T. Creía que iba a pasar desapercibida. Me costó mucho conseguir que viniera su espíritu de Alemania, no sabés la producción que nos llevó concretar la puesta en escena ¿Sabés el laburo que llevó conseguir a un fantasma?
- Fue muy complicado ¿no?
- Imaginate... ¿cómo hacés para encontrar un cuerpo muerto entre todos los muertos?
- ¿Pero no sabían dónde estaba enterrada?
- Sí, eso lo supimos, la producción la rastreó pero el problema fue ubicar su espíritu, lo que ella había sido estando viva.
- ¿Y dónde lo encontraron?
- No lo encontramos. ¿Cómo ubicás ese tipo de cosas?, están desparramadas, desperdigadas por todas partes. Era una tarea de inteligencia celestial, un trabajo imposible para un grupo de productores del espectáculo. Está bien que la tengan clara pero tampoco son magos.
- Entonces ¿cómo hicieron para que estuviese hoy?
- Logramos traer el cuerpo y el espíritu vino solo. El cuerpo... entendimos que lo llamó. Y ahí la vimos espléndida en el escenario.
- Ah... ¿por eso no se movía mucho?
- Exacto. Temía que el cuerpo se desarmara.
- Y ahora, ¿está muerta o está viva?
- ¿Qué creés vos?
- No sé, para mí está en el medio, entre los dos mundos.
- Así es, está entre nosotros y ellos.
- No, está entre nosotros, no está con ellos. Por eso nos fascinó tanto. La vimos, no fue una alucinación.
- Puede ser...
- ¡Qué noche! ¡Por primera vez en la historia se juntaron el coreógrafo expresionista más importante de la Argentina, con la estrella de tele más codiciada y un espectro que había recuperado el cuerpo, o mejor dicho un cuerpo que había recuperado su espíritu desperdigado por el mundo!
- Entonces no fue tan siniestro el sueño.
- Tenés razón, hablando con vos lo horrible del sueño se volvió inolvidable, creamos un expresionismo posmoderno... ¡y post mortem!

Dragones en el horóscopo chino

- Hola P.
- ¡Hola amiga ¿cómo estás...?!
- Bien, extrañándote mucho.
- ¡Yo también te re extrañaba, estábamos conectados porque tenía pensado llamarte! Anoche soñé con vos.
- ¿En serio?
- ¡Sí, y hoy me levanté re pilas!
- ¡Qué bueno!

- Viste que los sueños, a la mañana siguiente, son determinantes, te anulan para el resto del día o te insuflan una energía bárbara.
- Sí, a nosotros nos pasa eso.
- ¡Obvio! ¡Porque somos leoninos y dragones!
- ¿Y qué soñaste?
- ¡No recuerdo bien todos los detalles pero charlábamos y nos divertíamos mucho!
- Como antes, por eso nos extrañamos.
- Sí, fue como revivir el pasado, te juro que lo viví, nos juntamos ayer en mi sueño a emborracharnos y hoy me levanté re pilas.
- ¿Hace cuánto que no nos juntamos porque sí, a hablar de cualquier cosa?
- Años.
- ¿Y por qué habrá pasado eso?
- Y bueno, crecimos.
- ¿Qué tiene que ver?
- Estamos en 20.000 cosas y no tenemos tiempo.
- Ah el tiempo...
- Sí, antes no teníamos ninguna preocupación.
- Antes no teníamos obligaciones, excepto el colegio pero, justamente, lo que más teníamos, lo único que teníamos eran preocupaciones.
- Es cierto, cómo nos delirábamos la cabeza, nos derrumbábamos sin salir de nuestras casas. Siempre había un tema pero el principal era nuestros amores no correspondidos.
- Filosofábamos tardes, noches y madrugadas enteras, sin cansarnos.
- Dicen que para filosofar se necesita tiempo.
- That 's right. ¿Por qué no tendremos tiempo?
- Y tuvimos que trabajar, ¿vos te imaginabas que crecer era básicamente salir a trabajar?
- No, realmente no, suerte que no imaginamos nada, hubiese significado la muerte de la filosofía.
- Ahora estamos buscando trabajo o pidiendo guita, pedir también representa un trabajo. Estamos con los pibes, la pareja, que ahora es un trabajo en serio también, hasta eso que antes eran palabras se convirtió en un laburo.
- En nuestras mesas no estaba asociado el amor al trabajo.
- Por eso hablábamos tanto. Cuando laburás no te quedan energías para hablar.
- Además por eso sufrimos como condenados de la tierra, de la tierra del amor. Éramos esclavos y filósofos, había una disociación entre el espíritu y el cuerpo.
- ¿En todo sentido, no? Acordate los atracones de chocolate que nos dábamos para sublimar la falta de sexo.
- Sí, y cuando cogíamos todo terminaba tan mal que preferíamos hablar y volarnos la cabeza adentro de alguna casa, las cocinas, la tuya, la mía. Las cocinas eran fuertes que nos protegían de lo que más amábamos.
- Pero no está bueno resignarse a la falta de tiempo.
- Es que es la realidad, no queda otra. La ilusión es tenerlo, recuperarlo.
- Claro, a nosotros nos importaba un carajo la realidad, nos copaba más la imaginación. Ahora, nuestra materia prima es la realidad.

- Y porque se nos va la vida en esa materia prima, como vos decís, el deseo del pasado aparece en los sueños.
- Sí, bien sublimado. Y aparentemente nos conforma.
- Es la realidad T, no tengo tanta libertad como para mandarme para allá y bajarnos toda la heladera del supermercado chino llena de Quilmes.
- Entiendo pero qué lindo sería.
- ¿No querés venirte vos?
- ¿Pero cuándo, si tengo que dar un millón de clases?
- Y bueno, faltá.
- Ah qué piola, y vos no vayas a buscar a los chicos al colegio.
- Boluda, no digas eso. No seas resentida.
- Qué bajo caímos, ¿no?
- De filósofos de la imaginación a pordioseros de la realidad. De filósofos esclavos del amor, a mendigos de la amistad.
- Pero elegimos, ¿no me hinchaste diciéndome que te querías enamorar, tener un laburo, irte a vivir sola?
- Sí.
- Y bueno, en la vida se pierden y se ganan cosas.
- ¿Pero por qué no se puede todo?
- Es una pregunta estúpida T.
- Sí, es una pregunta estúpida.
- ¿Y qué, entonces tenemos que conformarnos con soñar?
- No.
- ¿Cuándo nos vemos? Con tiempo digo, porque si no siento que no somos los que éramos.
- Es que, además, posiblemente hayamos cambiado.
- Sí, pero por lo que veo hay algo que no queremos que cambie.
- ¡Queremos bajarnos todas las Quilmes del super! Y escuchar el último disco de Divididos.
- Me convenciste, ¿cómo arreglamos?
- Venite.
- No, venite vos.
- Con una condición, vamos a un bar para estar solos y ser los dueños de la noche.
- ¡Dale, hecho!
- Nos vemos mañana en el bar de 7 y 57 a las 8. Tu sueño fue una premonición, queremos ahora ser filósofos esclavos de la realidad.
- ¡Que todo cambie, el mareo que provocan las palabras con cerveza sin salir de nuestras casas!
- Menos eso, que cambie todo. ¡Chau, nos vemos mañana!

Fideos

- ¿Sabías P que soñé que eras un fideo dedalito?
- Qué feo sueño.
- Sí, re feo pero divertido.
- ¿Y qué pasaba?
- Estábamos todos por almorzar en LM.

- ¿Todos? qué raro, siempre falta alguno.
- Sí, siempre falta alguno, eso pasa porque no tenemos espíritu de grupo.
- No empieces.
- Bueno te lo digo y te lo tengo que decir.
- ¿Entonces?
- Nos traían fideos dedalitos con manteca y queso rallado para almorzar.
- Pero pará, ¿yo estaba en la mesa por comer o era un fideo?
- Bueno, estabas siendo parte de la comida. Entonces no se había producido el milagro porque estábamos por comerte.
- ¿Qué metáfora, no? Cuando nos juntamos siempre alguien es comido por otro.
- Sí, ahora que lo pienso no es divertido.
- Fue divertido el sueño, la imagen pero lo que representa es trágico ¿no te parece?
- Sí, re trágico.
- Seguime contando.
- Alguien traía la comida y, en cuanto tomé mi plato, te vi a vos disfrazada de fideo, eras un fideo más, pequeño y rubio, mojado con manteca.
- Pensándolo bien, soy bastante parecida entonces al fideo en cuestión.
- Si tenemos parecidos con los animales por qué no con las pastas. Yo sería un mostachol o un fideo cortado al fierrito.
- ¿Pero me comían?
- Esperá, te miré fijo y estabas llorando, te ahogaba la manteca o no sé, yo digo que estabas llorando, por ahí tenías queso rallado derretido en las mejillas y eso te daba gracia.
- No creo, estaba por desaparecer.
- A eso iba, quise mirarte un largo rato, para ver qué hacías, qué movimientos adquirirías entre los alimentos, habiéndote convertido en uno de ellos, habiéndote desintegrado, casi, entre los demás.
- ¿Y qué hacía?
- Me miraste fijo, pude distinguir tus ojos, tu mirada era lo único que no se empañaba, estaba empecinada en no desintegrarse. Todos comían y hablaban, daban por supuesto de que estabas vos, de lo que no se habían percatado era de que estabas a punto de ser comida.
- Decime que no me comieron.
- Por suerte no, te saqué con el tenedor, te limpié los ojos con una servilleta de papel, te llevé afuera, al jardín, como si tuviésemos un secreto para compartir y, muy lentamente, recobraste cuerpo, la energía necesaria para entrar al comedor y sentarte a la mesa.
- Es muy triste tu sueño.
- Lo más triste fue que seguimos comiendo como si nada hubiese pasado porque ser un fideo puede ser divertido después de todo, convertirnos en el alimento que necesitamos.
- Pero no está bueno irnos comiendo.
- No dije comiendo, dije alimentarnos. Proveernos de lo que necesitamos por nosotros mismos, sin que nadie nos dé nada.
- Puede ser, ¿y si nos levantamos de la mesa de ahora en más y traicionamos el espíritu de grupo del que siempre nos quejamos y si además, ahora mismo, nos hacemos unos fideos con manteca?

- Dale que tengo un hambre bárbaro.
- Dale, ¿me acompañás a la cocina?

Mi país

- ¡Hola, buen día!
- Buen día.
- ¿Soñaste con algo?
- No. ¿Vos?
- Sí, soñé que estabas dividido.
- ¿Cómo dividido?
- Sí, tu cuerpo estaba dividido en territorios, tenías países y banderas.
- ¿Y qué pasaba?
- Viajé un montón, creo que me levanté cansada por eso, cansada pero contenta.
- ¿Qué hacías?
- Me iba metiendo por tus países. Estaban todos tan perfectamente divididos que era fácil llegar y salir de ellos. No me perdía.
- ¿Era un mapamundi geométrico?
- Desde un punto de vista figurativo no, había muchas curvas, sierras, fronteras, amarras, velas, piedras callosas. Pero, desde el punto de vista de la experiencia, eran recorridos simples como si dios hubiese creado en tu cuerpo líneas rectas para que no pudiera perderme.
- ¿Y recordás algún país en particular?
- No. Lo que recuerdo es que en tus piernas se ubicaba Medio Oriente, en tu panza estaba Europa y en el plexo solar América Latina.
- ¿Todos los países tenían banderas?
- Sí, tenían banderas inventadas porque nunca recordé los dibujos que tienen las banderas del mundo. Lo más nítido que recuerdo fue que yo también llevaba una bandera y la incrustaba en tu brazo, no sé qué país era, por ahí era el mío, el territorio que había conquistado.
- ¿Te hago un café?
- No, ¿podrías traer un mate con azúcar? ¿Puedo disfrutar de la conquista?
- Mmmm no sé, lo voy a pensar.
- Bueno, pero volvé pronto.

Consagrada

Estaba en mi taller.

Era muy grande.

Por lo tanto, las obras eran grandes.

Ayer, mientras lo limpiaba, pensé que mi obra era pequeña porque es pequeño.

Qué hermoso taller tenía en mi sueño, me había convertido de un tirón en una artista consagrada.

Y por eso preparaba una muestra para el Centro Cultural Recoleta.

Quería mostrar un collage que abarcaba toda una pared, unas banderas rectangulares con colores opacos y no sabía si mandar a hacer unos bastidores para unos dibujos muy grandes que nunca existieron más allá de mis sueños.

Esos dibujos, que nunca me animé a dibujar en la realidad siempre aparecen escondidos como un tesoro en algún lugar.

“Los sueños de dibujos recurrentes”.

Son dibujos recargados, con pasteles, chapas, sexo.

Una condensación de mis primeros experimentos.

Qué divertido, me había llegado la hora.

La hora de la felicidad.

La hora del tiempo redimido.

La hora de la justicia.

La hora que daba frutos después de tanto esfuerzo.

La hora banana.

La hora de que todo el mundo me conociera.

La hora.

Llegué al Centro Cultural Recoleta.

Y fui viendo la obra de los artistas con los cuales iba a exponer.

Paso a detallar las obras:

Sobre un pasillo, un artista había montado un dibujo que abarcaba toda la pared. Era un dibujo hecho con lápices de colores. Eran figuras geométricas pero, entre línea y línea recta, se abrían curvas que se eclipsaban en el infinito.

Esta obra me hizo acordar un poco a la obra de Miró pero, éste, era un Miró metafísico, no surrealista. El artista parecía estar obsesionado con la representación de lo irrepresentable, la infinitud, la eternidad.

Seguí caminando.

Vi la segunda obra.

Era una instalación.

Una artista había forrado un comedor entero con césped sintético. Había una mesa con cuatro sillas, una lámpara de pie, un televisor, un revistero, una biblioteca. Sobre la mesa había dispuesto muchas cabezas de muñecas articuladas y, alrededor de ellas, desparramado el cabello que antes había recortado con suma prolijidad.

Al ver esos cabellos rubios sobre la mesa del comedor forrada con césped sintético me emocioné.

Creo que hubiese sido más impactante esa imagen sin las cabezas. La idea ya estaba sugerida con el cabello.

Comer sobre el césped.

Sintético.

No es un pic nic, es el ritual de todos los días.

¿Artificial?

¿Qué se come en una familia?

¿La cabeza de los integrantes que la componen?

¿La antropofagia disfrazada de aire puro, espiritual?

La venganza.

Ella había desparramado la cicuta.

Vellos rubios para que todos se atragantasen.

Sobre el fondo verde, la muerte dorada se aproximaba.

Mientras la Sala Cronopios se llenaba de gente, observé la tercera instalación.

Una artista había recreado el dormitorio de una mujer de los años 70.

Y colocado una cama revuelta, ropa disciplinadamente echada sobre una cómoda y un espejo.

Era una obra triste.

La artista había representado la habitación de su hermana desaparecida.

Tal cual había quedado antes de que se la llevaran.

Y vimos un par de gafas de sol, unos pañuelos de cuello lila, un jean Oxford, una carterita de mano.

Era una obra de museo.

El Centro Cultural se transformaba en un museo.

El aire de esa obra opacaba todo lo demás.

Emanaba muerte.

La contenía y la hacía dinamitar.

Seguí caminando porque debía montar mi propia obra pero, de golpe, el Centro Cultural se había transformado en un shopping pop.

Y yo estaba con mi papá.

— Hija, ¿vos querías comprarte algo, no?

— Sí, había pensado en un jean.

— Veamos, aprovechemos que estamos acá.

— ¿Qué tal me queda este pantalón?

— Bien, pá, muy bien.

— Pero nunca usaste un jean celeste, ¿no es muy de pendejo?

— Pero me gusta y mucho. Me lo pruebo, esperame y, si me queda bien, lo llevo, ¿dale?

— Bueno.

La gente que ingresaba en ese momento al Centro Cultural convertido en shopping pop era muy extraña.

Entraban mujeres siamesas, mujeres mellizas, mujeres gemelas.

Caminaban pegadas, con la misma ropa.

Buscando desesperadamente cosas para comprarse.

Tenían brillos en sus caras y en sus carteras.

Rubies en sus manos y en sus dientes.

Todas eran viejas.

Platinadas y doradas.

Caminaban con dificultad.

Sus zapatos se trastabillaban con los stands.

Estaban apuradas, ansiosas por todo lo que querían llevarse.

No era arte.

Era ropa y vajilla.

Zapatos y sábanas.

Mi papá se llevó el jean celeste que yo pensaba comprarme.

— ¿Vamos?

— Bueno, pero mirá que yo todavía tengo que montar.

— Vamos, vamos.

Como me había llegado la hora de la felicidad y de la consagración me habían dado para mí sola la sala más grande.

Empecé a montar todas las obras.

C me había sugerido cómo curar la muestra.

¡Había quedado genial!

Por primera vez veía mi obra en un lugar grande.

Por primera vez veía mi obra grande.

La transformación del taller.

Y bueno, me había llegado la hora (banana) después de tanto esfuerzo.

Casa zoológica

I-

Mi casa se había transformado en un zoológico.

Así lo había querido.

De veterinaria en veterinaria buscando especímenes.

Conseguí de todo.

La furia que produce el Once.

La desesperación roja que se desprende de la bijouterie.

Flechas que van directo al corazón que nos impactan.

La satisfacción que produce el plástico.

La contemplación de escenografías callejeras de piqué.

El regocijo, fruto del souvenir para todos los casamientos.

El carnaval carioca, los disfraces, polvos de vela e incienso que gratifican la existencia.

Haciéndola grande, igual a la de los demás.

Lujuria de la creación humana, cómo se inventaron tantas chucherías de colores.

Sentí toda la emoción que provoca el Once pero haciendo compras en todas las veterinarias de Capital Federal.

Tuve una compulsión animal.

Y compré perros.

Gatos.

Pájaros.

Gallinas.

Conejos.

Iguanas.

Peces.

Una víbora.

Llegué a casa con todo el cargamento y el problema se precipitó al darme cuenta de que no sabía dónde ponerlo.

Volví al centro y a cada uno le compré una jaula.

Llegué a casa y diseñé el espacio para que todos estuviesen más o menos cómodos.

Jaulas en el living, en el comedor, en el patio, en las habitaciones, en mi taller.

Como el animal que más me atemorizaba era la serpiente, la dejé arriba en una pecera gigante para no verla tan seguido.

Cuando todos estaban en su lugar, la casa limpia, el zoológico montado, llegó D.

— ¿Qué es todo esto, T?

— Es nuestro zoológico personal.

— Pero no se puede vivir así.

— ¿Por?

— Porque necesitaríamos más espacio.

— Pero entramos todos.

— No se puede hablar siquiera, están todos gritando, estoy aturdido.

— Peor sería vivir con animales salvajes D, estos son domésticos, su lenguaje es compatible con el nuestro, sino ¿por qué se los denomina así?

— ¿Dónde se vio una familia con tantos integrantes? El sonido es el que no nos va a dejar vivir.

— Bueno, dejame experimentar, si vemos que la convivencia entre ellos y nosotros es incompatible, los regalo.

— Me parece que sería la decisión más acertada.

— D, ¿podrías acompañarme arriba?

— ¿Por qué?, recién llevo del trabajo, dejame aterrizar.

— Tengo miedo.

— ¿De qué?

— Arriba puse una víbora y, si bien sé que está encerrada, temo que me mire fijo y se quiera escapar porque está en una pecera grande que no tiene tapa.

— ¿Pero qué te pasa, hace un mes te terminé de hacer el taller para que trabajaras tranquila y no tuviste mejor idea que subir un animal amenazante?

— ¿Será un boicot?

— Y no sé, por lo menos pensalo.

— Te prometo que lo voy a pensar pero ¿podés acompañarme?

— Bueno.

— T, pregunta que no es menor, ¿cómo le vamos a dar de comer a tantos animales?

— Donde come uno, comen dos, donde comen dos, comen un montón más. Van a comer fideos con salsa como nosotros.

La casa me daba miedo.

Pero yo había sido la inventora de la amenaza.

No podía transitar porque los animales me miraban con cara de odio, se querían escapar, hasta a los cachorritos labradores se les iba transformando la mirada y así pasaba de ser cariñosa y triste a maquiavélica y encarnizada. Esos cachorros estaban tan llenos de rencor que, en cualquier momento, saltarían de las jaulas y me comerían viva.

Así transitamos esos días en nuestra casa zoológica.

II-

De golpe, gracias a dios, mi sueño me llevó a la orilla de una laguna.

No sé bien dónde quedaba.

Pero estábamos en una laguna.

Allí nos encontrábamos los integrantes vivos de la familia materna.

Vivos, en malla, sonrientes, a punto de tirarnos de cabeza, de tirarnos “bomba” al agua cuando de repente a mí se me ocurrió un juego.

Y les propuse jugar al “test de los pañuelos con mocos”.

Todos preguntaron en qué consistía el juego.

En mi familia materna acostumbramos a jugar a dígalos con mímica, al pictionary, al pin pon, al scrabel, al chinchón.

Pero nunca habíamos jugado al “test de los pañuelos con mocos”.

Entonces pasé a explicar el juego.

— Cada uno tiene que sacar el pañuelo que esté usando en este momento, de los bolsillos, de las carteras, de las riñoneras.

— ¿Y?, ¡qué asco!, ¿qué hacemos?

— Allí vamos a leer entre las líneas de los mocos quiénes fueron los responsables de nuestros familiares muertos.

— Pero es ridículo. ¿Por qué vamos a jugar este juego tan macabro si estábamos pasándola tan bien?

— Por eso mismo, ¿no creen que la felicidad debe ser compartida?

Y bueno aquí falta gente.

— Pero eso ya pasó T. ¿Para qué vamos a revolver eso, si después de tanto tiempo nos pudimos divertir?

— Pero nos divertimos a costa de los que murieron.

— No, lo hacemos a su pesar.

— Entonces no pueden hacerlo. No nos podemos divertir porque los muertos no eligieron morir, no es a su pesar. Si no están es por nuestro pesar.

— Estás queriendo decir...

— No, todavía no quiero decir nada. Juguemos al test, allí encontraremos pruebas.

— ¡Déjame de joder, yo me doy un chapuzón, pico algo y me voy a la mierda!

— Bueno, andate. ¿El resto juega?

— Ok.

Todos sacaron sus pañuelos. Algunos, estaban bien planchados, limpios, con olor a colonia; otros, un poco arrugados, doblados por la mitad y el resto, hechos un bollo; otros, sucios llenos de mocos muy verdes y húmedos, mocos que se desparramaban de la tela, se caían hacia el suelo, eran pañuelos inquietantes; en otros, se vislumbraba un moco seco con todos los colores del arcoíris, eran reminiscencias de una naturaleza muerta, al óleo quebradizo, eran pañuelos Rembrandt, secos y encerrados en su esplendor; otros, parecían estar limpios pero, si uno los miraba con mayor detenimiento, estaban sucios de lágrimas con rímel y casi transparentes, marrón claro como el agua de la laguna, éstos olían muy mal, peor que los que tenían mocos. Parece que las lágrimas se pudren también, no son de agua pura, no son poéticas, el llanto tiene un olor putrefacto.

El juego duró muchas horas, me llevó mucho tiempo observar cada uno de ellos.

Esos dibujos, me iban diciendo quién era el responsable de cada uno de los muertos.

Siempre hay huellas y éstas se esconden en los lugares más íntimos y cotidianos.

Me sentí muy contenta por el test que había inventado, era increíble cómo un método tan sencillo podía presentar pruebas. Gracias a él había podido descubrir a los culpables, después de tanto tiempo.

— ¡Hijo de puta fuiste vos!

— ¡¿Qué decís loquita de mierda?!

— ¡Y vos también hija de puta!

— ¿Cómo me vas a decir eso T?, yo no tuve nada que ver.

— Sí, y vos también.

— ¡Los descubrí hijos de puta, ojalá no se diviertan nunca más!

III-

De golpe, gracias a dios, mi sueño me llevó a un valle.

Me encontraba en el hoyo, en la hendidura.

Desde allí podía ver cómo se levantaba el mundo.

Desde abajo, pisaba fuerte la tierra.

Desde el abismo verde, el cielo se veía más chiquito, menos especial.

Estamos abajo.

Sobre los bordes había mucha gente.

La gente gritaba, alborotada.

La gente estaba disfrazada como si estuviésemos protagonizando un capítulo especialísimo de ficción.

— Esta mina está loca. Ahora como no puede tener hijos te llena la casa de perros.

— Sí, no sé qué se le dio por llenar todo el espacio.

— Date cuenta, no se conforma con el Once ni con el arte. Es un verdadero asco, seguro que ahora llegás y tenés toda la casa llena de mierda. Porque los animales se cagan también.

— Yo prefiero dejarla, que se vaya dando cuenta sola. ¿Qué voy a hacer?, yo la quiero con esta locura también.

— Vos le tenés una paciencia...

— ¡Ché!, ¡Eu!, ¡alguien que me escuche!

— ¡Hola, estoy acá!

— ¡Acá abajo!

— ¡Alguien que me escuche!

— ¡Hola!, ¡Hola!, ¡¡¡Auxilio!!!

— ¡¡¡Help!!!

De pronto y por suerte D apareció chiquito sobre el recorte de las montañas.

— ¡Ché, D, cuidado que se escaparon los animales, andá a buscarlos, no sé cómo hicieron pero lograron huir! Yo los quería regalar, no dejarlos escapar.

— T dejalos ir, es un problema menos para nosotros, por favor, dios te escuchó, era una empresa imposible e inhumana, dejalos, ya fue, subí.

— No puedo. ¡Por favor andá a buscar a mis animales, los quiero volver a ver aunque sea una vez más!

De golpe mi sueño me mostró el valle.

Me encontraba en el hoyo, en la hendidura.

Desde allí podía ver cómo se levantaba el mundo.

Desde abajo, pisaba fuerte la tierra.

Desde el abismo verde el cielo se veía más chiquito, menos especial.

Estaba abajo.

Sobre los bordes los animales desfilaron para mí por última vez.

Medianera

Estábamos en la casa de mi mamá en Gonnet.

Con mis compañeros de la escuela primaria.

Mamá había organizado en su jardín una jornada en la que nos iba a enseñar a estudiar al aire libre.

Estaban M.E, C, JM, A, JI, D, N, MH.

Teníamos que estudiar historia del arte para rendir un examen muy importante.

Mamá había dispuesto mesas con caballetes para darnos clases a todos.

Yo intentaba estudiar pero no me entraba nada.

Simulaba entender pero me costaba retener información.

Me sentía mal, al ver que todos mis compañeros aprendían nuevas técnicas de estudio, disfrutaban del aire libre, la naranjada, el arte y yo no.

Estaba ida.

No estaba espiritualmente.

La mirada se me iba hacia las medianeras.

En un momento determinado, vi una escalera muy alta que se encontraba sobre una de las paredes que dividen la casa de mi mamá de mis vecinos amigos.

Subí.

Y me di cuenta que mi mamá había mandado hacer medianeras de dos metros de altura forradas con ligustrinas.

Me angustié.

Porque esa construcción impedía vernos la cara entre los vecinos amigos.

Le pregunté a ella por qué había decidido eso.

Y me contestaron que quedaba lindo, que no me pusiera mal.

— T, tengo pensado hacer escaleras altas para pasar de una casa a otra, unos pasadizos encantadores para que llegues a los demás sin tener que salir de casa.

— ¿Cómo?

— Mirá, seguí subiendo y te vas a dar cuenta que esa misma escalera te comunica a un “estar” que vamos a compartir entre los Cónsul y nosotras.

Seguí subiendo y efectivamente la escalera llegaba a un lugar común entre las cuatro casas lindantes a la de mi mamá.

En esa especie de terraza común había una parrilla, una cancha de fútbol y un quincho.

Eso me tranquilizó.

La mamá de ME, al verme trepada me dijo, — Tené cuidado T, que la obra aún no está terminada.

— Está bien, ¿pero no hubiese sido menos peligroso abrir puertas en las medianeras?

— Quizá, pero nos pareció más divertido para ustedes, además, todos tenemos, de esta manera, parrilla, pileta, cancha de fútbol, especie de club vecinal privado y esta hermosa terraza.

Desde abajo, mis compañeros se ponían furiosos porque yo no bajaba y teníamos que terminar de estudiar para dar el examen en grupo.

Entonces empecé a descender.

Como la escalera era muy precaria me costaba.

Miraba la pared, un punto fijo para no marearme hasta que, de repente, escuché un ruido.

Era la escalera que se empezaba a destornillar de la pared que la sostenía.

En un segundo la escalera se aflojó.

Sentí la muerte muy cerca, no podía saltar porque mis pies se habían atascado en uno de los escalones.

Caí.

Al suelo.

Me dolió la espalda.

Los pulmones.
Las manos.
Cerré los ojos.
Quería llorar.
No me salían las lágrimas del dolor.
Los abrí.
Me había salvado.
La tierra, con su blando cuerpo se había flexionado para contener el mío.
Mis compañeros se quedaron boquiabiertos.
Mi mamá vino en mi auxilio.
Y yo hice mucha fuerza de tal manera que las lágrimas empezaran a salir.

Esculpidas

I-

Era una hermosa tarde en el medio de un campo.
Estábamos R, N, M con su hija V y yo al aire libre.
Sentadas alrededor de una mesa cuadrada.
Nos mirábamos, nos reíamos, y así se pasaba la tarde.
En un momento dado M con su hija V dieron una especie de show que consistía en mostrar al unísono una clase corta de manicuría.
El mismo, empezaba con ellas cortándose los “padrastrós” con la boca.
Primero, los de los dedos de una mano y luego, los de la otra.
Más tarde, con los colmillos, solamente, se sacaban las cutículas, lo hacían tan rápido que parecían cuervos comiendo maíz.
Por último, se pintaban las uñas, una a la otra.
Se pasaban el fijador de uñas para reforzarlas y fortalecerlas y dos manos de esmalte rojo.
¡Qué linda tarde pasé, nunca había visto un entretenimiento parecido!

II-

En un momento dado N me dijo que tenía un súper plan para hacer conmigo.
Y me preguntó — ¿qué hacés el sábado?
— Me parece que había quedado con E, en hacer algo, porque llegó de México.
M enseguida me dijo: — T, no seas tan complicada, no ves que te está tirando una punta para hacer algo con vos, es una forma de reconciliarse, ¡no seas tan perra, tampoco!
— Esperá que voy a buscar la agenda.
Pero en el camino, ya había decidido salir con N pensando en lo que había dicho M.
— Bueno dale, ¿adónde tenías pensado ir?
— Es medio loco lo que quiero proponerte porque, pensándolo bien, las dos estamos casadas y tenemos hijos, ¿pero qué tal un sábado de revancha y descontrol?
— Dale, buenísimo, me encantó.
— ¡¿Vamos?!

— ¡Dale!

En el camino hacia su casa, N me presentó a su hijo, al que nunca había visto puesto que nos habíamos peleado desde que ella había quedado embarazada.

— ¿Viste qué lindo que está?

— Sí, pero yo creía que era mujer.

— No, boluda, nació varón y sigue siendo varón.

— ¿Pero cuántos años tiene, por qué es tan largo?

— Tiene 8 años.

— Tenía entendido que había nacido sin cabeza.

— Nació sin cabeza y con el tiempo le fue creciendo. Parece bastante normal en relación a todo lo que pasó.

— Sí, es bastante normal y lindo. Pero lo miro a los ojos y tiene algo en la mirada.

— Es la del padre.

— Puede ser pero con ojos celestes.

— ¿Qué te extraña?

— Creo que la genética misma. Non problem, ¿falta mucho para llegar a tu casa?

— No, ya estamos llegando.

La herencia de la abuela

I-

Estábamos en una fiesta al aire libre.

Era de noche.

Había muchas mesas en el jardín.

Y, alrededor de ellas, muchas personas jóvenes.

En un momento vi a un chico que me gustó mucho.

Era alto, flaco, morocho, con los ojos un poco vencidos y un corte de pelo muy particular. Tenía una parte de la cabeza rapada y la otra con pelo largo.

Lo vi, me miró y nos encantamos.

A tal punto que no nos despegamos más.

Era su fiesta de cumpleaños.

No podía creer cómo un chico tan lindo y joven me daba bola a mí.

Parecía sincero o, por lo menos, lo demostraba así.

Yo quería estar con él pero, como era su cumpleaños, tenía que estar con su gente, con sus amigos.

Estábamos re calientes y, como sabíamos que no nos podíamos escapar, la noche se ponía más cachonda, caminábamos agarrados de la mano por el jardín, nos besábamos a escondidas, cada tanto íbamos a la cocina a manosearnos un poco.

Es más, la fascinación era tal, que por primera vez en un sueño tuve otro sueño que consistía en que los dos volábamos y, cada tanto, pisábamos un suelo lleno de panaderos y de montañas que, como nos tapaban el cuerpo, nos permitían desnudarnos.

Yo aprovechaba la bruma de la madrugada y la que había en el aire, producto de las partículas que desprenden los panaderos, y le miraba el pito.

Después los ojos y caía rendida a sus pies y así seguíamos saltando, mitad en el cielo, mitad en la tierra.

Cuando me desperté de este sueño dentro del sueño que estoy contando, él me llevó al baño y me lavó el pelo.

Nunca había estado a la medianoche en una fiesta, dentro de un baño con un chico que quisiera lavarme el pelo.

¡Qué emoción!

Lo mejor fue que nos dimos cuenta que los dos teníamos el mismo corte y para qué, nos enamoramos más y más.

Teníamos algo en común.

También quiso secármelo y recuerdo que seco, no me quedó tan bien, me había quedado un poco pajoso, un poco parado.

Después del baño volvimos al jardín y mientras caminábamos, me encontré con dos amigas de mi hermana L.

— ¡¡¡Hola T!!! ¿qué hacés por acá?

— Nada, vine a la fiesta...

— Pero si el cumple es de un compañero nuestro de la secundaria, no sabíamos que era amigo tuyo.

— Mirá lo que te trajimos...

— ¿Qué es?

— Un regalito para el “sobrinito” que está por venir.

En ese momento me quise matar, cómo estas boludas me estaban deschavando así, si yo había procurado no decirle nada, obvio, ni sobre mi embarazo ni sobre mi estado marital. Y me estaba saliendo perfecto, sobre todo porque no sentía culpa, es decir, había dejado de existir frente a un chico tan lindo.

— Esto es para el nene.

— ¿A ver qué es...? Ah mirá, un chupete.

— Y ustedes ¿en qué andan?

— Como nos ves, embarazadas, para M es el segundo hijo.

¿Por qué me las tuve que encontrar habiendo podido perderme entre tanta gente?

El chico lindo no me dijo nada de ese encuentro pero yo dudé si me seguiría queriendo.

Pensé, si sabe que estoy casada, que estoy embarazada, por qué se quedaría conmigo de verdad. Seguro que, a partir de ahora, me chamuya.

Bueno, en cierta medida era lo que estaba haciendo yo con él. No, la mentira es una cosa y el chamuyo, otra. Estaba casi decidida a dejarlo todo. Por él o hasta acostarme con él. No sé.

Pero el paraíso se cortó con la palabra chupete y con la cara de esas boludas mirándome como conductoras de Utilísima.

II-

Creo que era un día domingo.

O se le parecía.

Estábamos en familia almorzando al mediodía en un hermoso jardín rodeado de glicinas.

Juntos familiares y amigos, de esos que ya forman parte de la familia, por los años transcurridos y la lealtad.

— Ché, ¿a qué vinimos?

— ¿Nadie te dijo nada?

— No.

— Vamos a hacer una ceremonia para leer la carta que dejó tu abuela antes de morir. Ella pidió, expresamente, que nos juntáramos para leerla y abrir una caja.

— Ah....

— Silencio por favor, que vamos a empezar.

Mi mamá leyó la carta toda la tarde porque eran hojas y hojas y más.

Era un embole atómico pero, como somos respetuosos por lo menos con los muertos, nadie dijo ni una palabra, mientras que mamá continuó.

La carta consistía en una serie de notas que la abuela dejaba sobre el padecimiento de distintas enfermedades.

En realidad era una carta prospecto, en la que consignaba de manera detallada los síntomas que acarreaban algunas enfermedades.

Lo había construido ella a partir de su experiencia personal.

La abuela parecía orgullosa, había podido hacer una artesanía médica sin ser médica, era una ikebana sintomatológica construida por una autodidacta.

No sólo eso sino que había incluido fotos.

Eso me daba bastante impresión.

Eran fotos de enfermos de cáncer, de diabetes, de cirrosis.

Piernas gangrenadas, paladares partidos con cuevas de parásitos, órganos rojos.

Un verdadero asco.

Esas fotografías contrastaban con el aroma de las glicinas y el sabor de los budines con pasas de uvas.

En un momento, empezamos a hablar, a cuchichear, se escuchaba un murmullo.

Y una amiga ancestral de mamá pidió silencio, argumentando que, aguantáramos un rato más, ya faltaba poco.

Mamá terminó de leer la carta y dijo: — ahora podemos abrir la caja.

La misma, contenía tres cápsulas, parecían albóndigas chicas o garrapiñadas y, dentro de cada una de ellas, la abuela había dejado tres pastillitas de distintos colores que eran veneno.

La blanca era cianuro.

La marrón platinada era ácido sulfúrico.

Y la turquesa era ácido mononucleico.

— ¿Y esto para qué es?, preguntó uno.

— La abuela dejó estas pastillitas por si alguno de nosotros se quiere suicidar.

— ¡Qué miedo! ¿Por qué habrá pensado en algo tan siniestro?

— “Aquí, querida familia les dejo estas ínfimas perlas que pueden provocar algo grande, la propia muerte. Ya lo saben, si alguno de ustedes decide por motus proprio irse al más allá, bastará con que tome una de estas pastillas”.

III-

Salía de la escuela secundaria pero tenía esta edad.

— Ché, ¿cómo se vuelven ustedes?

— No sé, nosotras nos vamos caminando. ¿Vos qué hacés?
— Yo quiero esperarlo (al pibe lindo que había cumplido años) quería saber si todavía me iba a dar bola.
— Ah...¿pero no salió todavía?
— No lo vi, me quedo para esperarlo.
— ¡¡¡Chau!!!
— ¡¡¡Chau!!! Nos vemos, nosotros nos vamos en el rondín.
Qué sensación de mierda, toda la gente se iba y el pibe no salía o lo que era peor, por ahí, ya había salido y no me había dicho ni la hora.
La gente se empezaba a ver pequeña en el medio del campo.
El último rondín había pasado.
¿Cómo volvía a casa?
No quería caminar sola en el medio de la nada.
Me di cuenta que había ido a la escuela en bicicleta, con la primera que tuve, a los 4 años, con rueditas, verde loro.
Y pensé, ¿cómo pude venir en esta bici con tantos libros en la mano?
Había esperado demasiado.
El chico lindo, que me había dado bola en la fiesta, se había ido con unos amigos.
Entonces abandoné la bicicleta que me estaba trayendo problemas motrices y me fui caminando sola con mis libros perdiéndome en el campo, que tanto odiaba, una vez más.

Lunch en la catedral de La Plata

I-

— Hermana, no sabés...¡¡¡me caso!!!
— ¿En serio?, ¿cuándo?
— Mañana.
— ¿Tan pronto?
— ¡¡¡Sí, estoy re nerviosa!!!
— ¿Y dónde?
— En la Catedral de La Plata.
— ¡Guau! Qué nivel.
— Sí.

II-

— ¿Estás lista?
— Sí.
— Y tu novio ¿va para allá directamente o te pasa a buscar?
— No, F no puede ir, porque tiene que laburar pero le hizo un permiso al hermano para darle su consentimiento.
— Pero L, ¡no seas boluda, no te podés casar así!
— ¿Por qué no?
— Porque el chabón es cualquiera, ¿cómo va a mandar a otra persona?
¿No podría haberse tomado el día en el laburo?, ¡no me jodas, se va a casar!
— No, no podía tomarse el día pero manda a toda la familia.

- Y qué carajo te importa la familia, si vos te vas a casar con él.
- Escuchame ¿y cómo va a hacer con la fiesta que es mañana?
- Es que mañana tampoco va a poder ir a la fiesta, ya lo hablamos.
- ¡¿Cómo que no va a ir a la fiesta?!
- No, porque tiene que hacer unos informes.
- ¿Qué y vos pensás festejar sola tu casamiento?
- No, estoy con ustedes y con la familia de él.
- ¡¡Estás loca L, recontra desquiciada!!! ¿Qué te pasa?, por favor reacciona. ¿No te das cuenta que te estás casando con un fantasma?
- T, la gente no tiene tanto tiempo como vos, la gente tiene que trabajar.
- ¡Pero este tipo no es gente, es un fantasma que te está engatusando, por favor, L abrí los ojos!
- No seas así, ¿no podés disfrutar conmigo lo que me está pasando?
- No. Pero lo voy a intentar.
- Dale, te quiero.

III-

L entró a la Catedral de La Plata de la mano del hermano del novio. El que también la recibió en el altar con el permiso en la mano.

- L ¿quiere por esposo a F?
- Sí, quiero.
- Hermano de F, ¿acepta por esposa a L?
- Sí, acepto.

No hubo besos ni aplausos. ¡Cómo se iba a besar en la boca con el hermano! Dudo que esto estuviera contemplado en el permiso.

Lo último en La Plata era hacer un lunch en la misma Catedral.

- ¿Dónde nos acomodamos?
 - No sé, por acá supongo.
 - Ah... ¿pero son varias parejas y varias familias las que comparten el lunch?
 - Sí, todas las parejas que se casan con sus respectivas familias.
 - ¿Y dónde nos sentamos?
 - Qué se yo...
 - ¿Y L con quién se va a sentar?
 - Supongo que al lado del hermano del novio.
 - Ah...¡qué angustia!
 - Sí, y más en este lugar que estamos encerrados a la vera de dios.
 - Sí, qué encierro.
 - Aparte, qué mal gusto, cómo podremos disfrutar de los canapés, con estos santos con velas en las manos, mirándonos.
 - No sé vos, pero yo tengo un hambre que no pienso mirarlos y listo.
 - Pero están ahí.
 - No los mires.
 - Me falta el aire, pensá que las ventanas están muy altas y, además, todas están decoradas con vitraux y no se puede ver afuera. ¡Qué claustrofobia!
 - ¿Para qué querés ver afuera si lo que tenés que hacer es comer?
- Disfrutá boluda, que pocas personas pueden casarse acá.

— No puedo, me parece que salgo un rato, me dieron ganas de vomitar.

Retro

Estábamos todos en una fiesta.

Parecía la gran fiesta de reconciliación.

Todos.

Amigos y enemigos.

Conocidos y extraños.

Pasados y presentes.

Como si el tiempo no hubiese pasado para nadie.

Todos teníamos la misma cara, por eso, podíamos reconocernos.

Lo que había cambiado era el espíritu, la cabeza.

Nos queríamos divertir.

Sin rencores.

Sin diferencias.

Sin memoria.

Todos nos reíamos.

Tomábamos cerveza.

Vino.

Bailábamos.

Qué agradable.

Pero qué loco, en la fiesta estaban mis ex novios, amigovios, amantes, maridos, amigos, conocidos, extraños.

Y yo estaba con V al que, desgraciadamente, sí le había cambiado la cara.

— Ché, ¿qué te pasó?

— Nada, ¿por?

— No me jodas, te falta un diente, la paleta, justo el de adelante.

Silencio. V no respondía nada.

— Pero estás lindo. Abrí la boca, dejame saber si reconozco el resto.

V abrió la boca, y por suerte tenía intactos el resto de los dientes.

Así estuvimos toda la noche, agarrados de la mano, yo tocándole el pelo y besándolo para no mirarle el diente que le faltaba. Total, seguía haciéndolo igual que siempre y ninguno tenía ganas de pelear.

Bolivia

I-

— No seas perra T no lo jodas más a L.

— ¡Ay! Por qué decís eso, nos vemos un rato, muy de vez en cuando, charlamos y listo. No pasa nada. ¿Por qué hablás así?

— No te hagas la boluda, sabés perfectamente por qué te hablo así. Lo hacés ilusionar aunque no te des cuenta.

— Problema de él. Mejor dicho problema nuestro, no te metas. El que entiende no se mete.

— No me importa lo que digas, ¿sabías que L está saliendo con una piba?

- No, no sabía nada. ¿Con quién?
- ¡Con B!
- ¡Pero si B tiene 12 años!
- Sí, y está re enamorado. Obvio que no te lo va a decir, porque vos sos para él su gran amor imposible. Por eso, dejalo en paz, por lo menos se enganchó con alguien.
- ¿Te parece?
- Sí, me re parece. Soltalo. Dejalo ir. Así puede rehacer su vida.
- ¿Pero con una piba de 12 años, no es medio raro?
- Sí o no, según. Se ve que, como él tenía problemas de encare con las minas, le debe haber costado menos con una pendeja.

II-

Estábamos con D parados en la orilla de un mar en Bolivia.

Mirábamos el horizonte.

Estábamos sucios y fragilizados.

Yo miré el mar durante horas con una concentración que pocas veces había sentido y me di cuenta que estaba lleno de basura. Había montañas y montañas de plástico y desperdicios a unos metros de la orilla. Las olas pasaban por esos basurales y, como apenas traían desperdicios, la gente no se daba cuenta y se metía al agua.

Ver esa montaña de mierda a unos metros me revolvió el estómago pero no podía dejar de mirar el mar y dejar que mis pies se enterraran en la orilla, en esa especie de tierra negra, barro de plástico, arena de residuos.

- Hola D, dice mi mamá que le manda un mate al amante de T.
 - Bueno, decile gracias.
 - ¿Qué dijo esa pendeja de mierda?
 - No empieces T, se ve que está jodiendo.
 - Los pibes no joden con eso, esas son palabras de grandes.
 - ¿Querés un sorbo?
 - Ni en pedo.
 - Hola D, dice mi mamá que le manda un mate al amante de T.
 - Pendeja de mierda, decile a tu mamá que D además de ser mi amante es mi marido. Que hace años estamos juntos y esa no es forma de referirse ni a mí ni a D.
- ¿Entendiste bien pendeja?
- No te pongas así, dejala, es una nena, ni siquiera debe saber lo que significa la palabra amante.
 - Me importa un carajo, vuelve y te juro que se lo explico con detalles pero no en general, sino haciendo referencia a sus propios padres, para que le quede bien claro, para acicalarle la cabeza de verdad.

III-

- ¿T, qué te pasa?
- No sé, estaba soñando...
- Sí, pero llorabas.
- Sí. Dejame llorar un rato más.
- Bueno pero, ¿con qué soñabas?

- No sé, estábamos en Bolivia, en un mar muy sucio lleno de mierda y yo lo contemplaba tanto que me iba, me alejaba de vos.
- Pero fue un sueño, ahora me ves, estoy acá con vos, no pasa nada.
- Es que nos querían alejar.
- ¿Quién?
- Mis tíos, mi prima. El mar. Las montañas de mierda. No sé.
- No llores, volvé a dormir que yo me quedo al lado tuyo.
- Qué suerte, gracias, te quiero.
- Yo también.

La Habana

I-

Soñé que estaba en un campo.
Y por primera vez cabalgaba.
Iba rápido, muy rápido.
Estaba montada a un hermoso caballo y no tenía miedo.
Éramos una sola pieza.
Sentía el aire frío sobre mi cara.
Oía a eucaliptos.
Rozaba con mi cara sus hojas.

II-

En un momento aparecí viajando por Cuba pero había dejado de ser un país tropical y se había convertido en un país nórdico.
Nevaba, hacía mucho frío aunque el calor de la gente seguía intacto.
Me sentía feliz.
Estaba sola.
Caminaba.
Me perdía por calles cubiertas de nieve.
Me perdía era una forma de decir, porque en Cuba no se pierde nadie, es el único país en el que nunca se perdió nadie, ni siquiera los chicos.
Porque allí la brújula la marca la gente.
Y la marca tan lindo que uno se pone a hablar con cualquiera y cualquiera termina siendo amigo y cualquier momento, hasta los muertos, se transforman en únicos y bailables.

- ¿Qué andás haciendo por acá?
- Nada, quería viajar sola y aquí estoy.
- ¿Es la primera vez que venís?
- A esta Cuba helada sí, antes había venido pero cuando era un país tropical. Igual sigue siendo tan hermoso como siempre. Yo vine porque quería viajar sola pero no sentirme sola, entonces, pensé que éste era el mejor destino.
- Sí, realmente es muy lindo acá.
- Pará, ¿vos sos Rada?
- Sí, el mismo.

- Qué loco, pensar que te vi en Argentina y por la televisión.
- ¿Querés tomar algo?
- Bueno. ¡¿Escuchaste ese ruido?!
- Sí, ahora es muy común acá. Mirá hacia arriba.
- Así lo hice y todas las montañas se estaban desprendiendo. ¡¡¡Qué miedo, corramos!!!
- No, quedate tranquila, esperá un ratito y vas a ver lo que pasa.
- Pero me da mucho miedo, ¿mirá si nos quedamos atrapados entre escombros helados y no podemos salir nunca más?
- Después de unos minutos, pedazos de montañas gigantescas empezaron a caer pero, al tocar el piso, se convertían en bebidas alcohólicas de distintos colores.
- “Ves”, me dijo Rada, “esto se hace así”. Agarró un vaso de plástico y le puso nieve. Esperamos un ratito y lo tomamos.
- ¡¡¡Es increíble!!!
- ¡Es maravilloso! Como todo lo que ocurre en Cuba. Y vas eligiendo tragos, aquella zona amarilla es gancia, aquella azul es licor de uva y aquella verde, vino patero.
- ¡Es muy rico!
- ¡¡¡Riquísimo!!! Y si esperás un rato más podés quedarte al baile callejero que se hace para festejar estos desmoronamientos.
- ¿Vos te quedás?
- Sí, obvio, esto no ocurre todos los días.
- ¿Me puedo quedar con vos?
- Dale, ¡chin, chin!
- ¡Chin chin, por los derrumbes naturales!

Almidonado

- ¿D cómo puede ser que haya soñado con un indio rosa?
- Es fácil, existen.
- ¿Pero cómo, no son morenos?
- Sí, pero podés teñirlos.
- ¿Se puede?
- Ponés en un lavarropas a un indio, le echás papel barrilete rosa, y donde va el jabón, agregas azúcar.
- ¡Qué lindo procedimiento! ¿No es parecido al proceso del almidonado?
- Sí, pero tenés que agregar color. Podés teñirlo del color que quieras.
- ¿Me teñirías?
- Con mucho cuidado porque es peligroso.

Leche

I-

Caminaba por Gonnet.

Pero era el de antes.

Los caminos estaban sin asfaltar y todavía no había llegado la luz eléctrica.

Soñé con el Gonnet en el que todos nos conocíamos y eso era lindo y, al mismo tiempo, feo.

Cada vez que vuelvo practico el mismo juego, salgo a caminar e intento recordar qué personas vivían en cada casa.

Me debo acordar entre un 75% y un 80% de quienes vivieron en cada una de ellas. Por ejemplo, recuerdo el nombre de un vecino pero, además, intento recordar todos los detalles sobre su vida, si tenía o no hermanos, perros, los nombres, a qué colegio iba, por qué se terminó cambiando, si en su casa se hacían o no malones, etc....

El tema es que soñé que estaba caminando por Gonnet pero en él vivían personas de mi generación, es decir, donde antes vivía N con sus padres, ahora vivía N con sus hijos, y así.

Nuestros padres, nos habían dejado las casas para que ahora vivamos con nuestros hijos.

El tema es que, en un momento dado, me encontré con un oso de goma espuma que, aparentemente, estaba pariendo o abortando un conejo de goma espuma.

Me quedé mirando esa especie de juguete durante unos minutos pero no me dieron ganas de llevármelo, con lo cual, lo contemplé en ese sitio y seguí.

Cuando llegué a mi casa (no sé bien si a la de mis padres o a la mía) me acosó un sentimiento de amargura porque pensé que había dejado ese juguete tirado, solo, en una calle de barro.

Sentí un escalofrío.

Y, al otro día, fui a ver si todavía se encontraba en el mismo lugar.

Era de madrugada y efectivamente estaba el oso con el conejo de goma espuma echados en el mismo lugar pero forrados con una tela cuadrillé amarilla y blanca. Era la tela de los "pintores" que usan los chicos en los jardines de infantes públicos.

Me sentí mejor, porque pensé que alguien los había vestido para que pasaran la noche. Además, esas telitas decoraban sus cuerpos. No estaban tan desnudos, a flor de goma espuma.

Agarré al oso, mejor dicho la osa que estaba enganchada al conejo por la vagina y seguí caminando por ahí.

Pero, en un momento dado, tuve un pequeño quilombo, vi salir a una ex mejor amiga de su casa, que estaba despidiendo a una amiga actual.

Tuve que tragar saliva y perfilar el cuerpo en otra dirección y seguir caminando como si nada.

Mi ex amiga despedía a mi amiga actual con besos y abrazos.

Yo escuchaba a sus respectivas hijas saludarse porque se querían aún más de lo que sus madres habían sido capaces de quererse.

Lloraban, gritaban, estaban desbordadas porque no se querían separar.

Seguí caminando, supongo que con la cara roja, caminando de una manera rara, anormal, para que no me reconocieran ni siquiera de espaldas.

Tuve que calcularlo todo.

Las amigas íntimas, las ex y las actuales conocen todos los detalles del cuerpo de una, cómo nos vestimos, cómo nos paramos, dónde se acumula la grasa, qué defectos escondemos. Sabemos desde el momento que amamos y somos amadas por amigas, que nos llevamos y se llevan secretos carnales a la tumba.

¡Zafé, creo que con la renguera simulada no me reconocieron!

II-

— ¡Eu T! ¿sos vos?

Me hacía la boluda.

— ¡Eu! ¡¿Taty, sos vos?!

Sentí que me chistó M.

— ¡¿Por qué te vas?!

— ¡Esperame, que vamos caminando juntas!

Seguí como si nada.

— ¡Eu! Sos vos, no te hagas la boluda, me doy cuenta por el culo que tenés.

Y tuve que darme vuelta.

— ¿Qué hacías, adónde ibas a esta hora T?

— Nada, volvía a casa.

— ¿Pero tan temprano?

— Sí.

— ¿Y vos?

— Vengo de lo N, me quedé a dormir en su casa con la nena. Como ella estaba sin el marido, nos invitó a dormir. Viste que su nena tiene adoración por la mía porque es más grande y la tiene como modelo.

— Sí.

— ¿Y vos qué hacés con ese peluche?

— No es un peluche y ¿te puedo decir algo sin que te enojés?, no quiero hablar, ¿por qué no volvemos en silencio?

— Bueno, como quieras.

— Boluda ¿pero cómo vamos a hacer para pasar por acá? ¿Qué es esta mierda? ¡Qué olor a podrido, no te la puedo creer, que se nos complique así! ¿Qué es esto, un río, un pantano, una zanja gigante?

— No, es una catarata de calostro.

— ¿Quién te dijo?

— Mi médica. Ella me dijo que esto podía ocurrir. ¿Sabés qué es el calostro?

— Sí, por algo soy madre.

— Ah bueno, como yo no pude serlo en su momento tengo acumulado.

Y de buenas a primeras, de las tetas puede salir tanto que puedo armar una laguna.

Una laguna de leche podrida.

— ¡Por eso huele tan mal! Perdoname Taty, no quiero joderte.

— No me jode, huele mal, es verdad. Nos estamos embarrando, enlechando, ¿pero qué querés que haga?

— Nada. Sigamos, ¿qué podemos hacer? Igual no te preocupes porque ¿ves que podemos ver el horizonte?

— Sí, está lleno de casitas. Están todas con las luces encendidas. La gente se debe estar levantando para desayunar, ¿no?

— Sí, seguro, agarrémonos de las manos para no caernos, ¿qué te parece?

— Ahora vos también, ¿qué hacés con ese muñeco?

— Lo llevo bien alto, para que no se ensucie. Cuando llegue a casa quiero mirarlo bien, porque no entiendo todavía si la osa parió al conejo o lo abortó... ¿Ves cómo le sigue colgando de la vagina?

— De todas formas dio a luz porque está afuera de ella.

- Sí, tenés razón, siempre se da a luz entonces, se pueden dar hijos vivos o hijos muertos. Mientras que salgan afuera de alguien y salga el sol...
- ¡Bueno agarrate bien fuerte y salgamos rápido de este berenjenal!

La peluquería

I-

Era una tarde de domingo y estábamos todos en la casa de M y T. Cuando todavía era la casa de M y T, es decir, antes de la muerte de T. Habíamos ido, como tantos domingos a almorzar y a pasar la tarde. En un momento dado, después del almuerzo alguien preguntó: — ¿adónde podemos ir a pasear? Todavía recuerdo esa pregunta, tan simple y, sin embargo, llena y rellena de energía.

Alguien contestó: — ¿y si vamos a las ruinas de Quilmes?

Y ahí preguntamos ¿en Quilmes hay ruinas; cómo puede ser que nunca hayamos escuchado nada sobre ellas siendo platenses; cómo no nos enteramos antes, qué tipo de ruinas hay en Quilmes?

La misma persona que propuso ir, dijo que son las de un antiguo parque de diversiones.

En ese instante, se me erizó la piel.

— ¿El parque es como el de la ciudad, el que está cerca de Villa Lugano?

— Sí, pero no, porque este fue concebido como parque temático, entonces hay pirámides, grutas, estatuas. En realidad es una ruina vanguardista porque en los '80 no existían los parques temáticos.

— ¿Alguna vez funcionó?

— Sí, pero por muy poco tiempo.

— Vamos ya, ¡¿no les parece?!
— ¡¡¡Vamos!!!

II-

Efectivamente llegamos.

Estacionamos el auto en un gran bosque detenido en algún remoto otoño de los '80. Y empezamos a recorrerlo.

Había juegos abandonados, ruletas, patos, autos.

Hasta que vimos la famosa pirámide egipcia.

Y entramos. Para llegar a la cima había que subir muchísimos escalones.

Toda la familia emprendió la peregrinación, desde la abuela hasta nosotras, la última, treintañera generación.

Finalmente, llegamos pero era una muy loca porque ahí funcionaba una peluquería retro.

— ¿Entramos?

— ¿Por dónde?

— Por esta ventanita.

— ¿Cómo vamos a ingresar a una peluquería por una ventana?, mejor dicho, ¿cómo puede existir una peluquería abierta al público en un parque abandonado?

— Sí, existe.

— Dale, entremos, aparentemente acá hacen los peinados más raros que se te puedan ocurrir, te cambian el look, tienen una paleta única de tinturas para el pelo. Y vi cómo entraba mi prima, después la otra, mi hermana, mi mamá, mi tía, mi otra tía, mi tío y mi abuela.

Entonces entré yo también.

Era una peluquería retro sin pretenderlo, se había quedado en los '80, simplemente. Tenía butacas súper grandes, secadores, rulos, espejos especiales, hebillas y batas.

— Qué claustrofobia, ¿por qué no nos vamos?

— Estás loca, M se quiere teñir y cortar.

— Pero todos acá dentro...

— ¿No puede venir en la semana?

— No, ya está acá.

— Pero justo hoy que es domingo... hay gente haciendo cola afuera.

— Yo me las tomo. Los espero abajo.

— Abuela ¿qué hacés?

— Quiero bajar rápido.

— Pero no podés bajar por esa baranda. Te podés caer. Parecés una bruja montada en una escoba.

— ¿Y qué querés que haga?, me quiero bajar lo antes posible, yo me pienso tirar.

— Estás en pedo. Mirá lo que te pasa por querer apurarte.

— ¿Qué?

— Se te cayeron los pernos de los dientes postizos. Qué asco. Qué feos son. Por dios. Disculpame.

— ¡Uy! a veces se salen.

— ¿Cómo a veces?, hacéte los pegar definitivamente, es muy asqueroso.

— Se vuelven a poner y listo nena.

— ¿Cómo los vas a chupar y volver a ponéte los así, sin antes haberlos desinfectado?

— Como lo ves, me los pongo otra vez y listo. Chau nena, yo los espero abajo.

— ¿Qué pasa?

— Nada tío. Nada. ¿Vos también querés bajar?

— Sí, hace mucho calor, hay mucha gente y allí dentro es peor porque están todos los secadores de pelo encendidos.

— No sé si podremos bajar. Mirá todas las personas que están subiendo.

— Tenemos que tener paciencia.

— Vayamos intentándolo así tenemos tiempo de visitar el castillo.

— Ah, ¿hay uno?

— Eso me dijeron.

— ¡Qué lindo! Por ahí, allí corre más aire...

— Ojalá, de última aprovechamos la caminata para tomar aire y listo.

— Tenés razón.

— Ché tío, ¿vos no estabas muerto?

— ¿Yo?

— Sí, a mí me dio mucha tristeza cuando me enteré. Yo te quería mucho. Es más, sos uno de los pocos muertos de los que me acuerdo todos los días. ¿Será porque eras gracioso?

— Puede ser, ¿pero quién te dijo que había muerto? ¿Te parece que

puede estar muerto alguien que sale de una peluquería retro y quiere tomar aire fresco hasta llegar a un castillo?

— Pensándolo bien, no me importa mucho. ¿Salimos juntos de este infierno?

— Dale, sigamos caminando y charlando afuera.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

tamaradomenech.blogspot.com

edicionespresente.blogspot.com

www.instagram.com/tadomenech